



El Movimiento de Sacerdotes de Fátima



Introducción

¿Qué católico creyente de hoy no se aflige por las crisis de Fe y disciplina en tantos sectores de la Iglesia, y por el peligro de tantas almas en riesgo de eterna condenación? ¿Qué católico prudente no se alarma ante la acelerada declinación de toda nuestra civilización, una declinación que parece acercarse con cada hora que pasa el castigo divino para toda la humanidad?

Pero sin embargo desde el Cielo no se ha ignorado nuestra situación. La misma Madre de Dios, a quien nos dirigimos como “Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra”, y a quien acudimos en tiempos de desgracias, ha enviado para nosotros un mensaje especial desde el Cielo mismo, reconocido como tal por las más altas autoridades de la Iglesia: el Mensaje de Fátima.

En ese Mensaje, María Inmaculada ha prometido un camino alejado del peligro y encaminado hacia el triunfo glorioso de Su Inmaculado Corazón, que traerá la salvación de muchas almas y la paz en el mundo.

En su sermón en Fátima del 13 de mayo de 1982 el Papa Juan Pablo II preguntó: “¿Puede la Madre de Dios, con todo el amor que Ella abriga en el Espíritu Santo y que quiere la salvación de todos, puede Ella permanecer en silencio cuando ve minada en sus bases mismas la salvación de Sus hijos?” El Papa contestó luego su propia pregunta: “No, Ella no puede permanecer en silencio”.

Aquí el Papa presenta claramente el Mensaje de Fátima como el remedio del Cielo para la crisis de hoy en la Iglesia, que pone en riesgo la salvación de las almas porque la fe está siendo *minada* en muchos lugares. Y en el mismo sermón, el Santo Padre habló también de “las amenazas casi apocalípticas que penden sobre las naciones y la humanidad toda”. El Mensaje de Fátima se ocupa de la amenaza a toda la raza humana que surge a partir de lo que el Papa identifica en su sermón como “el mal que está difundiéndose a lo largo del mundo y que amenaza a cada uno de los seres humanos, a las naciones, y a la humanidad toda...”

El 13 de mayo del 2000, el Papa regresó a Fátima para presidir la beatificación de Jacinta y Francisco, los dos videntes que murieron poco después de las apariciones en Fátima en 1917. En esa ocasión, el Papa dejó en claro que el contenido del Mensaje de Fátima que incluye el Tercer Secreto es de naturaleza apocalíptica y se refiere al Capítulo 12 del Libro del Apocalipsis. Ante la gran multitud reunida para las beatificaciones el Papa dijo:

“El Mensaje de Fátima es un llamamiento a la conversión, y

alerta a la Humanidad a que no haga el juego del ‘dragón’, cuya ‘cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del Cielo y las lanzó a la tierra’ (Apoc. 12:4). La meta final del hombre es el Cielo, su verdadero hogar, donde el Padre Celestial nos espera a todos con Su amor misericordioso.

“Dios no quiere que nadie se pierda; por eso hace dos mil años envió a Su Hijo a la tierra, ‘para llamar y salvar a los perdidos’ (Lc 19:10). Y Él nos salvó por Su muerte en la Cruz. ¡Nadie despoje a esa Cruz de su poder! Jesús murió y se alzó de la muerte para ser ‘el primogénito entre muchos hermanos’ (Rom 8:29).

“Con Su solicitud materna, la Santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres: ‘No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido’. Es ese dolor de madre que La impulsa a hablar; *está en juego el destino de Sus hijos*. Por eso pedía a los pastorcitos: ‘Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al infierno por no tener quien se sacrifique y pida por ellas’.”

El Mensaje de Fátima, por lo tanto, se refiere a “la cola del dragón” –el diablo– mencionado en el Libro del Apocalipsis, que barrió una tercera parte de las estrellas del Cielo, interpretadas tradicionalmente como una referencia a las almas consagradas. El Papa vinculó la propia misión de Cristo y Su Revelación a las advertencias y prescripciones de la Madre de Dios en Fátima.

Sobre el fin de su sermón de 1982 en Fátima, el Papa declaró específicamente que como el Mensaje de Fátima se relaciona estrechamente con el Evangelio y la Tradición, impone como obligación a la Iglesia obedecer lo que el Mensaje prescribe. Sirvan las mismas palabras del Papa como argumento de este cuadernillo:

“El llamamiento de la Señora en el Mensaje de Fátima está tan profundamente enraizado en el Evangelio y en toda la Tradición que la Iglesia siente que *el mensaje impone un compromiso para ella*.”

El Mensaje de Fátima, por lo tanto, no es “simplemente una revelación privada”. Todos los miembros de la Iglesia tienen el deber de honrar el compromiso impuesto a la Iglesia por la mismísima Madre de Dios en Fátima. Como dejó en claro el Papa, está en juego nada menos que el destino eterno de incontables almas y la suerte temporal del mundo todo.

El propósito de este cuadernillo es mostrar cómo el Mensaje de Fátima contiene la respuesta a los peligros que amenazan la Fe y la

vida de todos los Católicos y la de todos en el mundo en la hora presente, y proponer un camino a los miembros del sacerdocio para honrar y obedecer los compromisos que el Mensaje nos impone a cada uno de nosotros como sacerdotes.

Nosotros proponemos aquí la formación de un *Movimiento Mundial de Sacerdotes de Fátima* –un movimiento de sacerdotes dedicados a promover la comprensión y la adhesión al Mensaje de Fátima por parte de todos los miembros de la Iglesia, para el bien de las almas y la seguridad y protección del mundo.

Este movimiento no requerirá la creación de ninguna entidad canónica formal, sino más que nada una unidad de propósitos de oración y acción por parte de sacerdotes que actúen en forma individual para responder a los pedidos de Nuestra Señora de Fátima. Los miembros del movimiento mundial podrían comunicarse entre sí con respecto a esta cuestión de vital importancia para la Iglesia por varios medios, siguiendo las recomendaciones de las leyes de la Iglesia y el Concilio Vaticano II.

No habrá en este movimiento ningún liderazgo ni estructura organizativa de las usuales. La líder de este movimiento es la Virgen Madre de Dios, y su estructura es el sacerdocio católico. El estatuto del movimiento no es otro que los derechos y deberes de todos y cada uno de los sacerdotes católicos, como lo enseñó en todos los tiempos el Magisterio de la Iglesia y lo explicó a través de sus Santos y Doctores. En cumplimiento de nuestro divino cometido, nuestro deber primero como sacerdotes es “ir y predicar el Evangelio a todas las naciones, enseñándoles a observar lo que les he ordenado”. Como dejó en claro el Papa Juan Pablo II, el Mensaje de Fátima está unido a esta misma misión de la manera más íntima. Si nosotros sacerdotes hemos de ser fieles al mandato divino según se pone en práctica en nuestro tiempo, no podemos ignorar el Mensaje, que nos ha sido entregado a través de María Santísima justamente para asistir a la Iglesia de hoy.

¿Por que nosotros necesitamos un *Movimiento de Sacerdotes de Fátima*? Las razones básicas son estas:

- Como indicó el Papa Juan Pablo II, más allá de cualquier duda el Mensaje de Fátima es una aparición auténtica de la Madre de Dios, reconocida por una serie de Papas. Juan Pablo II beatificó a dos de los tres videntes de Fátima y decretó una fiesta anual para Nuestra Señora de Fátima en el Misal Romano. El Mensaje de Fátima es *formal e irrevocablemente* parte integrante de la vida de la Iglesia Católica.

- El Papa Juan Pablo II afirmó que el contenido del Mensaje, confirmado como verdadero por un milagro público presenciado por 70.000 personas, es crucialmente importante para la salvación de las almas y para evitar “las amenazas casi apocalípticas que penden sobre las naciones y la humanidad toda”, y “el mal que se está extendiendo a lo largo del mundo y que amenaza a los seres humanos en forma individual, a las naciones y a la humanidad toda...”.
- El Mensaje en sí mismo nos advierte que dejar de atender lo que pide –incluyendo la Consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María por parte del Papa en unión con todos los obispos del mundo– resultará en la persecución de la Iglesia, el martirio de obispos, sacerdotes y laicos, sin excluir al mismo Papa, y *la aniquilación* de varias naciones.
- Como Nuestra Señora advirtió, si el Mensaje no se hace conocido y atendido muchos millones de personas sufrirán horribles muertes e incontables almas se perderán para toda la eternidad.
- Nuestro Señor advirtió que “Mis ministros” deben conocer y atender el Mensaje para evitar las consecuencias desastrosas de desobedecerlo, y eso incluye no solamente a los obispos y al Papa, sino a todos los miembros de Su sagrado sacerdocio.
- Si el Mensaje resulta conocido y atendido por la Iglesia, muchas almas serán salvadas y el mundo como un todo recibirá enormes beneficios espirituales y materiales, incluyendo la conversión de Rusia y un consecuente período de paz que será en verdad milagroso.
- De acuerdo con las promesas de Dios a Sus criaturas, lo que el Mensaje requiere de nosotros es muy poco, mientras que lo que promete en recompensa es de incalculable valor. Contrariamente, las consecuencias de dejar de prestar atención al Mensaje serán catastróficas.
- Hacer conocido y atendido el Mensaje de Fátima es por lo tanto de la mayor prudencia; ignorarlo y desobedecerlo es la mayor locura.

En suma, si nosotros sacerdotes del siglo XXI somos fieles a nuestra misión de salvar almas mediante la administración de los sacramentos y la predicación del Evangelio, *no tenemos opción*: debemos incorporar el Mensaje de Fátima en nuestra misión. El Mensaje de Fátima es el conjunto de indicaciones específicas del mismo Cielo para cumplir la misión salvífica de la Iglesia aquí y ahora, complementado con las oraciones y devociones que el Cielo mismo ha juzgado esenciales para nuestro tiempo. El Mensaje de Fátima es un

verdadero catecismo de la Fe para nuestro presente dentro de la historia de la salvación. No es un sustituto de la divina revelación, sino un compañero en el camino, para la instrucción espiritual y el crecimiento en la gracia en todos los católicos.

El cuadernillo está dividido en dos partes. En la primera parte, aquellos que puedan no estar familiarizados con la historia del Mensaje de Fátima van a conocer algo de su historia y contenido. También se hará referencia a la controversia que rodea a la Consagración de Rusia pedida por Nuestra Señora de Fátima y al Tercer Secreto de Fátima, que contiene casi ciertamente los elementos más importantes del contenido apocalíptico al que Juan Pablo II aludió en sus homilías en Fátima en 1982 y 2000.

En la segunda parte, nosotros exponemos los cinco principios propuestos para el Movimiento de Sacerdotes de Fátima. Además, ofrecemos sugerencias prácticas para poner en práctica estos principios y así apresurar el cumplimiento del Mensaje de Fátima y asegurar los milagrosos beneficios materiales y espirituales para la Iglesia y el mundo prometidos por Nuestra Señora.

Hemos puesto este cuadernillo a disposición de miles de sacerdotes, esperando y rezando que en alguna pequeña medida pueda ayudar a hacer más cercano el triunfo final del Inmaculado Corazón –un don glorioso para la Iglesia, para las almas necesitadas de salvación, y para un mundo en necesidad desesperada de la verdadera paz que sólo la Gracia de Dios puede producir. ¡Nuestra Señora de Fátima, intercede por nosotros!

1ª PARTE

**COMPRENDER A
FÁTIMA**

Capítulo 1

Se cierne la tormenta

“Rusia esparcirá sus errores por el mundo...” Esta es una de las muchas advertencias que Nuestra Señora nos transmitió en el Mensaje de Fátima como consecuencia de dejar de prestar atención a sus pedidos. A pesar del fenómeno conocido como “caída del Comunismo”, los errores de Rusia continúan propagándose y el mundo continúa en una espiral descendente de violencia moral, espiritual y física contra la persona humana, hecha a imagen y semejanza de Dios. Esta es la misma situación que tanto afligió al Papa Juan Pablo II, como él mismo lo reveló en los sermones pronunciados en Fátima en 1982 y 2000.

Mientras usted lee estas páginas, el Medio Oriente amenaza con estallar en una conflagración, la carnicería en Irak se incrementa día a día, y los conflictos en otros sitios concluyen en baños de sangre, como el de Darfur en Sudán, donde 400.000 ciudadanos inocentes han muerto con crueldad en manos de las milicias Árabes en los últimos tres años. Rusia, que mantiene vínculos financieros y de distinta índole con el terrorismo islámico presente en Irak y en otros sitios, se ha convertido bajo Vladimir Putin en una dictadura neo-estalinista, cuyo gobierno autoritario censura incluso el *New York Times*. Una votación reciente en Polonia mostró que el pueblo de ese país considera a Rusia la mayor amenaza para su nación. Y es inquietante notar que Rusia ahora es aliada militar de la China Roja, cuyo poder económico sobre los Estados Unidos y otros países occidentales continúa creciendo.

Mientras se siguen reuniendo las fuerzas para la guerra total, continúa el holocausto del aborto en todo el planeta, con la sangre de tantos inocentes asesinados que clama por divina retribución. Ahora las mujeres están usando células del cuerpo de niños abortados para tratamientos de belleza, una práctica que comenzó en Rusia al igual que la legalización del aborto.

En todas las naciones del occidente cristiano de antaño, los gobiernos secularizados, que se llaman a sí mismos democracias y alardean de su “libertad”, están apresurando sus ataques contra la religión y la Ley Natural. En Rusia, que según se atreven a decir algunos se habría convertido desde 1984, a la Iglesia Católica apenas se le permite existir. En China la Iglesia Católica ha sido llevada a la

clandestinidad y sus sacerdotes y obispos han sido arrestados, encarcelados u hostigados por las bestias comunistas. En otros países del Tercer Mundo las minorías católicas sufren violencia y persecución a manos de las mayorías que no son católicas.

Terremotos, tsunamis, volcanes y otros desastres naturales también azotan a nuestro mundo trastornado, con amenazas de desastres aún peores por venir. Solo el tsunami de 2004 mató a más de 213.000 personas en once países diferentes.

En 1907, el Papa San Pío X –último Papa canonizado– declaró en su primera encíclica que cuando estaba próximo a ascender al trono de San Pedro, estaba “aterrorizado sobre todo por el estado desastroso de la sociedad humana de entonces. ¿Pues quién puede dejar de ver que en el tiempo presente, *más que en cualquier edad pasada*, la sociedad sufre de una enfermedad terrible y profundamente enraizada, que crece día a día y devora su más íntimo ser, arrastrándola a la destrucción?” Él señaló que la mayoría de la gente de su tiempo había “perdido todo respeto por el Dios Eterno” y que “sin prestar ninguna atención en las manifestaciones de su vida pública y privada a la Suprema Voluntad, usan todos los esfuerzos y artificios posibles para destruir totalmente la memoria y el conocimiento de Dios”. Y concluyó que “Considerado todo esto, hay una buena razón para temer que esta gran perversidad pueda ser, como fue anticipado, tal vez el comienzo de aquellos males que están reservados para los últimos días; y que pueda ya estar en el mundo el ‘Hijo de Perdición’ de quien habla el Apóstol...”

En 1922, el Papa Pío XI lamentó que con los hombres en rebelión contra Dios en todo el mundo y con Cristo excluido de la vida de las naciones, “Nosotros percibimos con pesar cómo la sociedad retrocede lenta pero inexorablemente hacia un estado de barbarie”. Advirtió que inclusive en ese entonces la Humanidad iba “tambaleándose hacia su propia caída”.

En 1950 el Papa Pío XII dijo que “el mundo está ahora peor que antes del Diluvio”. ¿Qué podrían decir Papas tan magníficos y santos como Pío X, Pío XI y Pío XII del estado del mundo hoy?

Incluso el Papa Juan Pablo II, con todo su optimismo sobre el mundo moderno, fue compelido a admitir que toda Europa ha sucumbido ante “una visión del hombre apartado de Dios y apartado de Cristo” y que “la cultura europea da una impresión de ‘*silenciosa apostasía*’ de parte de la gente... *que vive como si Dios no existiera*”. Los resultados de esta silenciosa apostasía, dijo este Papa, son “la disminución del número de nacimientos, del número de vocaciones al

sacerdocio y a la vida religiosa, y la dificultad, si no el rechazo absoluto, de hacer compromisos permanentes, incluyendo el matrimonio”.

Las palabras de Juan Pablo II reflejan la tremenda realidad de que en todas las naciones de la antigua Cristiandad la mayoría practica la contracepción, que hace que sus matrimonios resulten infértiles. Viviendo en este estado de desobediencia a la Ley Natural y a la enseñanza infalible de la Iglesia contra los anticonceptivos, la gente pierde la Gracia de Dios y Sus bendiciones sobre las familias y se ponen inconscientemente bajo el poder del diablo. Como cita el Antiguo Testamento, el Arcángel San Rafael enseñó, “Los que abrazan con tal disposición el matrimonio, que apartan de si y de su mente a Dios, entregándose a su pasión, como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento; esos son sobre quienes tiene poder el demonio.” (Tob 6:17).

¿Quien puede negar que en esta época de contracepción, aborto, divorcio y “matrimonios homosexuales” el diablo verdaderamente ha ganado poder sobre vastas masas de personas que alguna vez fueron cristianas? La familia está desintegrándose y la sociedad se está desintegrando junto con ella. Las naciones de Occidente están desapareciendo por falta de niños, mientras las poblaciones musulmanas están amenazando con aplastar los últimos vestigios de la civilización cristiana.

Al mismo tiempo, la Iglesia también está sufriendo una crisis que es, tal vez, la peor en toda su historia: el colapso de la fe y la disciplina, escándalos por todas partes, la pérdida de vocaciones, y las deserciones masivas de la Fe verdadera hacia sectas de toda clase.

Las propias estadísticas del Vaticano muestran que desde 1978 hasta 2004 el número total de sacerdotes en el mundo ha declinado un 3,5%, el número de religiosos hombres un 27%, y el número de religiosas mujeres un 22%, *mientras la población del mundo ha crecido aproximadamente un 50%*. Aún si nosotros aceptamos la suposición del Vaticano que cada estudiante de filosofía y de teología asistentes a los seminarios diocesanos y religiosos es un candidato al sacerdocio, mundialmente hay sólo 28 “candidatos” al sacerdocio por cada 100 sacerdotes hoy en funciones. Claramente, muchos de estos “candidatos” no continuarán todo el camino hacia su ordenación sacerdotal. ¿Entonces de dónde saldrán los sacerdotes de mañana? A menos que se produzca un milagro, no habrá sacerdotes. Incluso ahora, algunos sacerdotes de África están siendo transferidos a Irlanda para atender a los fieles, porque Irlanda, la tierra convertida

por el mismo San Patricio, casi no tiene vocaciones. La misma situación está ocurriendo en toda Europa y aun en los Estados Unidos.

La proporción de la población mundial que es católica se ha estancado entre el 17 y el 18% en los pasados 26 años, reflejándose un marcado descenso en las actividades misioneras de la Iglesia. Además, la mayoría de aquellos que todavía se llaman católicos ya no siente ninguna obligación de adherir a las enseñanzas de la Iglesia con las que ellos puedan discrepar. Ahora en gran medida es imposible distinguir a los católicos de los protestantes y de los judíos en sus puntos de vista sobre el aborto legalizado, la anticoncepción, el divorcio y otras cuestiones morales. ¡No asombra que el Papa Juan Pablo II hablara de una silenciosa apostasía en la Iglesia!

Viendo el estado del mundo de hoy, no se puede evitar llegar a la misma conclusión que la alcanzada por todos los Papas de los últimos 100 años: las fuerzas de la rebelión contra Cristo y Su Iglesia han empujado al mundo más cerca que nunca de una guerra apocalíptica y de la devastación global, que serán un castigo divino por los pecados de este mundo que está desafiando a Dios como nunca antes en la historia humana. Si incluso los no creyentes sienten que el mundo está encaminado hacia una calamidad, ¿existe hoy algún hombre de Fe que no tema un castigo para la Humanidad aun más grande que el Diluvio?

Afortunadamente, el Cielo no ha permanecido en silencio frente a la rebelión de la humanidad. Dios envió a Su propia Madre a Fátima para advertirnos que debemos corregir nuestro comportamiento pecaminoso y para ofrecernos los medios de evitar el castigo divino que nuestro mundo rebelde tan abundantemente merece.

Capítulo 2

¿Cuál es el Mensaje de Fátima?

Como nos enseña Santo Tomás de Aquino (*Summa Theologica*, II-II P. 174, Art. 6.), en cada época de la historia de la Iglesia Dios ha enviado un profeta para advertir a Su pueblo del peligro y para decirle lo que debía hacer para evitar ese peligro y lograr la salvación de las almas. “No despreciar las profecías”, nos enseña infaliblemente San Pablo en la Sagrada Escritura. Sí, la Revelación fue completada con la muerte del último Apóstol, pero Dios continúa dándonos advertencias y correcciones a través de Sus profetas en la Iglesia Católica. Nuestro Dios no es el dios ausente de los deístas, sino el Dios vivo, Jesucristo, que como El mismo prometió, siempre estará junto a nosotros, incluso hasta la consumación del mundo.

El profeta de Dios para nuestra era no es otro que la Santísima Virgen Madre de Dios quien se ha aparecido una y otra vez desde mediados del siglo XIX en apariciones reconocidas como auténticas por la Iglesia, para traernos advertencias, correcciones y ayuda espiritual. Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa (1830), Nuestra Señora de La Salette (1846), Nuestra Señora de Lourdes (1858) y Nuestra Señora de Knock (1879), todas prepararon el camino para la más espectacular de todas Sus apariciones, apenas después de iniciado el siglo XX y sólo semanas antes de la Revolución Bolchevique en Rusia.

Sólo unos años después de que San Pío X escribiera sobre la creciente apostasía en el mundo anunciándonos el advenimiento del Anticristo, Nuestra Señora se apareció una vez más en Fátima, Portugal, los días 13 de cada mes desde mayo hasta octubre de 1917. En el curso de estas apariciones, la Madre de Dios confió un Mensaje para la Iglesia y el mundo a tres niños pastores: la Beata Jacinta y el Beato Francisco, a quienes Juan Pablo II beatificó, y a la Hermana Lucía quien partió de este mundo el 13 de febrero de 2005.

La parte más importante del Mensaje de Fátima fue revelado por la Madre de Dios en Su aparición del 13 de julio de 1917, cuando Ella confió el llamado Gran Secreto de Fátima. El Secreto está dividido en tres partes. La primera parte fue una aterrorizadora visión del infierno, en la cual los tres niños vieron muchas almas sufriendo tormentos horribles. La segunda parte, transmitida inmediatamente después de la visión del infierno, contiene las palabras de la propia

Virgen, según lo que escribió la Hermana Lucía en sus Memorias. Nosotros usamos aquí la traducción publicada en el sitio web del Vaticano:

“Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra [la 1ª Guerra Mundial] pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirla, *vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados.*

“Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; *si no*, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; *varias naciones serán aniquiladas.* Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz.”

En su Cuarta Memoria, la Hermana Lucía reveló que después de pronunciar la segunda parte del Secreto, Nuestra Señora hizo esta referencia misteriosa a la nación de Portugal: “En Portugal, se conservará siempre el dogma de la fe, etc...” Los eruditos en Fátima fueron unánimes en concluir que estas palabras son el principio de la tercera parte del Gran Secreto, conocido como el Tercer Secreto de Fátima, y que el Tercer Secreto predice una crisis de fe y disciplina en la Iglesia fuera de Portugal. La Hermana Lucía aconsejó a sus superiores que Nuestra Señora quiso que el Tercer Secreto fuera revelado al mundo no más tarde de 1960 porque, explicó ella, su significado “sería más claro” para entonces.

Como lo revelan las palabras de Nuestra Señora citadas arriba, la segunda parte del Mensaje de Fátima contiene tanto una promesa gloriosa como una advertencia terrible:

“Si hacen lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz.”

“Si atienden Mis pedidos, Rusia se convertirá y habrá paz; *si no*, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras

y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; *varias naciones serán aniquiladas.*”

La Madre de Dios no pudo haber sido más clara; *las almas serán perdidas y varias naciones serán aniquiladas* si Sus pedidos no son atendidos. ¿Y cuales son Sus pedidos?

Primero: Nuestra Señora prometió que Ella vendría a pedir la consagración colegiada de Rusia al Inmaculado Corazón de María en una ceremonia pública solemne encabezada por el Papa junto con todos los obispos católicos del mundo.

Segundo: Nuestra Señora prometió también que vendría a pedir “la Comunión reparadora de los Primeros Sábados,” la que se ha vuelto conocida en la Iglesia como la devoción de los Cinco Primeros Sábados.

Además de estos dos pedidos, Nuestra Señora hizo otros pedidos urgentes durante las apariciones de Fátima, todos relativos al “Gran Secreto” confiado el 13 de julio de 1917:

- Que los fieles *“se enmienden; y que pidan perdón por sus pecados. No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido”*.
- Que usemos el Escapulario Marrón: el Escapulario de Nuestra Señora del Monte Carmelo. La Hermana Lucía dijo que “el Rosario y el Escapulario son inseparables”.
- Que hagamos penitencia haciendo los sacrificios requeridos por nuestros deberes diarios.

Nuestra Señora fue especialmente persistente al pedir que recemos el Rosario. Durante Su aparición del 13 de octubre de 1917, el mismo día del Milagro del Sol (que trataremos en el próximo capítulo) Ella declaró: “Yo soy la Señora del Rosario”. Esta y todas las veces que Nuestra Señora se apareció, insistió en el rezo del Rosario por parte de todos los miembros de la Iglesia. En Fátima, Nuestra Señora dejó en claro que el Rosario va a ser la arma espiritual principal en esta era de apostasía, confusión y propagación del mal.

Finalmente, el Mensaje de Fátima incluye siete oraciones que Dios ha ordenado como agregados a la vida devota de los católicos. Durante el curso de las apariciones de Fátima, los tres niños aprendieron cinco únicas y poderosas oraciones: dos del Ángel de la Paz y tres de la Madre de Dios. Mas tarde, hablando con la Hermana Lucía en Rianjo, España, Nuestro Señor Mismo dictó dos oraciones más. Para millones de personas, estas oraciones expresan el Mensaje

de esperanza y paz que Nuestra Señora dio al mundo en Fátima. He aquí las oraciones:

I.

¡Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo! ¡Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no Os aman!

II.

[Cuando hagáis un sacrificio por los pecadores, rezad así]:
Oh Jesús mío, es por Tu amor, por la conversión de los pecadores, y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, que ofrezco este sacrificio a Ti.

III.

Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno. Lleva todas las almas al Cielo, principalmente las más necesitadas.

IV.

Oh Santísima Trinidad, ¡yo Os adoro! ¡Dios mío, Dios mío, yo Os amo en el Santísimo Sacramento!

V.

Dulce Corazón de María, sed la salvación de Rusia, España, Portugal, Europa y de todo el mundo.

VI.

Por vuestra pura e Inmaculada Concepción, oh María, alcanzadme la conversión de Rusia, de España, de Portugal, de Europa y del mundo entero.

VII.

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo Os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios, e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de Su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, Os pido la conversión de los pobres pecadores.

Esta es la sustancia del Mensaje de Fátima: la consagración colegiada de Rusia, la devoción de los Cinco Primeros Sábados, la ofrenda de penitencia en reparación por nuestros pecados y los de otros, el uso del Escapulario Marrón, el rezo del Rosario y las siete oraciones de Fátima. Por estos medios las almas serán salvadas, se garantizará la paz al mundo y se evitará la aniquilación de naciones.

Capítulo 3

“Para que todos crean...”

Durante la aparición de Nuestra Señora del 13 de julio en Fátima, Lucía pidió a Nuestra Señora que hiciera “un milagro para que todos crean que Usted se nos aparece”. En respuesta, Nuestra Señora prometió para el 13 de octubre de ese año: “Yo haré un milagro que todos han de ver para creer”.

Lo que ocurrió el 13 de octubre de 1917 fue único en la historia de la salvación: un milagro público cuya realización fue, literalmente, programada con anticipación por la Madre de Dios. Y Nuestra Señora respetó su cita. Ese día, bajo una lluvia torrencial, unas 70.000 personas, tanto creyentes como no creyentes, se reunieron en la Cova da Iria donde Nuestra Señora se había aparecido a los tres niños, para ver si lo que estos habían afirmado era cierto. Ellos recibieron una prueba que ningún ser racional podría negar. Exactamente a la hora y en el lugar previamente vaticinados, ocurrió el Milagro del Sol.

Comenzando precisamente a mediodía, cuando el sol estaba en su cenit, la vasta multitud vio cómo el sol desafiaba todas las leyes de la física. Primero, la apariencia del sol se alteró para volverse como un disco plateado que uno podía mirar directamente sin la menor molestia o daño en sus ojos. Luego girando en el cielo, el sol lanzó una espléndida formación de colores que bañaron y transformaron el paisaje. Finalmente, en un momento de verdadero terror, el sol cayó a plomo sobre la Cova como si fuera a incinerar a todos los presentes, antes de volver a su apariencia y lugar normales en el cielo. Cuando el sol descendió, la gente cayó sobre sus rodillas, suplicando la misericordia de Dios. Pecadores y no creyentes se convirtieron al instante. “¡Milagro!, ¡Milagro!” gritó la gente en todas partes.

Periodistas seculares, científicos, e incluso los miembros más virulentamente anti-católicos de la multitud, todos presenciaron lo mismo. El relato del testimonio ocular del Dr. José María de Almeida Garrett, profesor en la Facultad de Ciencias de Coimbra, es típico:

“El cielo, que había estado cubierto todo el día, aclaró repentinamente; la lluvia paró y pareció como si el sol fuera a llenar de luz el campo, que aquella mañana invernal había hecho tan oscuro. Yo miraba hacia el lugar de las apariciones con una serena, si bien fría, expectativa de que algo ocurriera, con curiosidad decreciente a causa del largo tiempo que había transcurrido sin que nada llamara mi

atención. El sol, unos pocos momentos antes, había atravesado la gruesa capa de nubes que lo ocultaba y ahora brillaba clara e intensamente.

“De repente escuché el rugir de miles de voces, y vi a toda la multitud dispersarse en el vasto espacio a mis pies... volviendo las espaldas al lugar donde, hasta entonces, se habían concentrado todas sus expectativas, y mirando al sol que estaba detrás. Yo giré también hasta el punto que atraía sus miradas y pude ver el sol, como un disco muy claro, con su contorno marcado, que brillaba sin lastimar la vista. No podía confundirse con ver el sol a través de la niebla (no había niebla en ese momento), pues no estaba ni velado ni borroso. En Fátima conservó su luz y su calor, y se destacó claramente en el cielo, con su contorno marcado como una gran mesa de juego. Lo más asombroso fue poder mirar fijamente el disco solar durante un largo tiempo, mientras brillaba con luz y calor, sin que lastimara los ojos ni dañara la retina. [Durante este tiempo], el disco del sol no permaneció inmóvil, tenía un ligero movimiento, [pero] no como el titilar de una estrella en toda su brillantez, sino que giró sobre sí mismo en loca rotación.

“Durante el fenómeno solar que he descrito, hubo también cambios de color en la atmósfera. Mirando al sol, noté que todas las cosas se estaban oscureciendo. Miré primero a los objetos más cercanos y luego extendí la mirada más lejos, tan lejos como hasta el horizonte. Yo vi que todo había tomado una coloración amatista. Los objetos a mi alrededor, el cielo y la atmósfera, eran del mismo color. Todas las cosas, tanto las cercanas como las lejanas habían cambiado, tomando el color de un damasquinado antiguo amarillento. La gente lucía como si estuviera sufriendo de ictericia y recuerdo que me causó gracia verlos lucir tan feos y poco atractivos. Mi propia mano era del mismo color.

“Luego, repentinamente, se escuchó un clamor, un grito de angustia surgió de entre toda la gente. El sol, girando frenéticamente, pareció en un momento desprenderse del firmamento y, color rojo sangre, avanzó amenazadoramente sobre la tierra como fuera a aplastarnos con su enorme peso llameante. La sensación durante estos momentos fue verdaderamente terrible.

“Todos los fenómenos que he descrito fueron observados por mí en un calmo y sereno estado de ánimo sin ninguna preocupación emocional. Corresponde a otros interpretarlos y explicarlos. Finalmente, debo declarar que nunca, antes o

después del 13 de octubre [de 1917], he observado yo similar fenómeno atmosférico o solar.”

Hubo otro aspecto impresionante del milagro. La Cova empapada, impregnada de lodo, quedó repentinamente seca, así como la ropa de toda la gente que había estado presente en la lluvia. El calor del sol que descendía había evaporado instantáneamente toda gota de humedad, sin embargo, ninguno había sido dañado por este enorme estallido de energía solar.

Aún más dramático que todo esto, sin embargo, fueron las curaciones instantáneas de los diferentes malestares de miles de personas que estuvieron paradas en la Cova, otro signo innegable de una intervención divina directa.

Las promesas y advertencias que habían sido dadas por Nuestra Señora de Fátima fueron verificadas como auténticas, más allá de toda duda, por el Milagro del Sol—un milagro sin precedentes, milagro público vaticinado que incluso los no creyentes habían presenciado y no pudieron negar. Es más elocuente, sin embargo, el hecho de que el único miembro de la multitud que no vio el milagro, (o al menos no admitía haberlo visto) fue Arturo de Oliveira Santos, alcalde del concejo municipal de Ourem en donde estaba ubicada Fátima. Conocido como “el Hojalatero” porque era un herrero de tradición, este fiero oponente masónico de las apariciones había secuestrado a los niños el agosto anterior y los había amenazado luego con la muerte si ellos no se retractaban de lo que habían visto y escuchado. Sin embargo, aun bajo amenazas de muerte los niños no negarían que habían presenciado—todavía otro signo de la credibilidad de las apariciones y de los testigos elegidos por Dios para transmitir su contenido al mundo.

El Milagro del Sol se mofa de las posteriores pretensiones de que el Mensaje de Fátima es sólo una “revelación privada” que los católicos pueden aceptar o dejar si lo consideran apropiado. Dios no obraría un milagro público para autenticar un mensaje que tengamos la opción de desatender. Ningún mensaje del Cielo es innecesario, y este menos que todos. Las palabras de Nuestra Señora de Fátima fueron destinadas por Dios para ser atendidas por toda la Iglesia, para el bienestar de las almas y la seguridad del mundo. La amenaza de aniquilación de naciones no fue una “revelación privada” sino una advertencia para todos nosotros.

Nuestra Señora de Fátima volvería muy pronto a cumplir Su promesa con respecto a la Consagración de Rusia y a la devoción de los Cinco Primeros Sábados. El mismo día del Milagro del Sol, sin

embargo, Nuestra Señora reveló tres de las prescripciones para llevar a la práctica el Mensaje de Fátima que nosotros hemos tratado más arriba.

Primero, Nuestra Señora de Fátima sostenía el Escapulario Marrón, indicando que Ella quiere que todos nosotros lo usemos, poniéndonos bajo Su especial protección y por ello asegurándonos la salvación. La Hermana Lucía ha dicho que el Rosario y el Escapulario son *inseparables*.

Segundo, Nuestra Señora dijo esto de sí Misma: “Yo soy la Señora del Rosario; que continúen rezando el Rosario todos los días”.

Tercero, Nuestra Señora llamó al arrepentimiento y a la enmienda de nuestras vidas para evitar los castigos divinos. Al explicar por qué algunas personas serían curadas ese día pero otras no, Ella dijo: “Es preciso que se enmienden; y que pidan perdón por sus pecados. ¡No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido!”

El Escapulario Marrón, el Rosario, el arrepentimiento y la enmienda—estas fueron las principales prescripciones que la Madre de Dios dio a los niños, mientras el mundo esperaba su regreso con más instrucciones.

Capítulo 4

La devoción de los Cinco Primeros Sábados

Como hemos visto, el 13 de julio de 1917, en un Mensaje considerado auténtico por la Iglesia y confirmado por un milagro público sin precedentes, la Madre de Dios prometió: “Vendré a pedir la consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados”.

Fiel a Su palabra, el 10 de diciembre de 1925 Nuestra Señora se apareció a la Hermana Lucía, en Pontevedra, España, donde ella estaba viviendo entonces. Nuestra Señora honró una parte de Su doble promesa al pedir la devoción de los Cinco Primeros Sábados. Ella se apareció con el Niño Jesús a Su lado, sobre una nube luminosa. Nuestra Señora mostró Su Corazón rodeado de espinas y el Niño Jesús dijo a la Hermana Lucía:

“Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre, que está cubierto de espinas, que los hombres ingratos continuamente le clavan, sin haber quien haga un acto de reparación para arrancárselas.”

Entonces, como fielmente recordó la Hermana Lucía, la Santísima Virgen dijo:

“Mira, hija Mía, Mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di que todos aquellos que durante cinco meses (consecutivos) en el primer Sábado se confiesen, reciban la Santa Comunión, recen la tercera parte del Rosario y Me hagan quince minutos de compañía meditando en los quince misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, Yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas.”

Como Nuestro Señor explicó más tarde a la Hermana Lucía, la devoción incluye cinco sábados porque hay cinco formas en las cuales la gente ofende o blasfema contra el Inmaculado Corazón:

“Cinco son las clases de ofensas y blasfemias proferidas contra el Inmaculado Corazón de María:

- Las blasfemias contra Su Inmaculada Concepción.
- Las blasfemias contra Su Virginitad Perpetua.
- Las blasfemias contra Su Maternidad Divina, rehusando al mismo tiempo reconocerla como la Madre de los hombres.

- Las blasfemias de aquellos que públicamente buscan sembrar en el corazón de los niños la indiferencia, el desprecio y hasta el odio para con esta Inmaculada Madre.
- Los ultrajes dirigidos a Ella en Sus sagradas imágenes.
He aquí, hija Mía, por qué el Inmaculado Corazón de María se movió Mi misericordia a pedir esta pequeña reparación...”

Poco después de esta aparición, Nuestra Señora se aparecería nuevamente—esta vez para cumplir Su promesa referente a la Consagración de Rusia.

Capítulo 5

La consagración de Rusia

El 13 de junio de 1929 en Tuy, España, Nuestra Señora se apareció a la Hermana Lucía para cumplir la segunda parte de Su promesa: que Ella vendría a pedir la Consagración de Rusia. La Hermana Lucía estaba en oración en la capilla del convento durante la Hora Santa de Adoración y Reparación. Aún entre las apariciones celestiales a los santos reconocidas por la Iglesia Católica, ésta fue extraordinaria. En sus propias palabras, simples pero conmovedores, la Hermana Lucía relató lo que ocurrió:

“Había pedido y obtenido licencia de mis superiores y del confesor, para hacer la Hora Santa de once a medianoche, de los jueves a los viernes. Estando una noche sólo, me arrodillé entre la balaustrada, en medio de la capilla, postrada, para rezar las oraciones del Ángel. Sintiéndome cansada, me incorporé y continué rezando con los brazos en cruz.

“La única luz era la de la lámpara. De repente, se iluminó toda la capilla con una luz sobrenatural y sobre el altar apareció una cruz de luz que llegaba hasta el techo. En una luz más clara se veía, en la parte superior de la cruz, un rostro de un Hombre y Su Cuerpo hasta la cintura. Sobre su pecho había una paloma igualmente luminosa, y clavado en la cruz, el cuerpo de otro hombre.

“Un poco por debajo de la cintura, suspendido en el aire, se veía un Cáliz y una Hostia grande sobre la cual caían unas gotas de Sangre que corrían a lo largo del Rostro del Crucificado y de una herida en Su pecho. Escurriendo por la Hostia, esas gotas caían dentro del Cáliz. Bajo el brazo derecho de la Cruz estaba Nuestra Señora con Su Inmaculado Corazón en Su Mano. (Era Nuestra Señora de Fátima con Su Inmaculado Corazón en Su mano izquierda...) Bajo el brazo izquierdo (de la Cruz), unas grandes letras, como si fueran de agua clara cristalina, que corrían hacia el altar, formaban estas palabras: ‘Gracia y Misericordia’.

“Comprendí que me era mostrado el misterio de la Santísima Trinidad...”

El Hermano Michel ha llamado debidamente a esta aparición “la Teofanía Trinitaria”. Al igual que el Milagro del Sol, no hay nada como esto en la historia del mundo. Por esta aparición, Dios Mismo indicó la singular importancia de lo que Nuestra Señora iba a decir a

la Hermana Lucía:

“Ha llegado el momento *en que Dios pide* al Santo Padre que haga, en unión con todos los Obispos del mundo, la Consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón; prometiendo salvarla por este medio”.

Dios Mismo había pedido esto. La Hermana Lucía había estado en presencia no sólo de la Madre de Dios sino de la Santísima Trinidad. Por supuesto, la Hermana Lucía inmediatamente transmitió el pedido divino a su confesor, el Padre Gonçalves, como se reflejó en la publicación de la correspondencia que intercambiaban.

Cuando la Hermana Lucía preguntó más tarde a Nuestro Señor por qué Él no convertía a Rusia al Inmaculado Corazón de María sin la consagración de aquella nación, Él le contestó:

“Porque quiero que toda Mi Iglesia reconozca esa consagración como un triunfo del Inmaculado Corazón de María, para después extender Su culto y poner, al lado de la devoción de Mi Sagrado Corazón, la devoción a este Inmaculado Corazón.”

Durante los siguientes setenta años por lo menos, la Hermana Lucía – la misma Lucía que no había negado la verdad incluso amenazada con una horrible muerte por “el Hojalatero”– dio el mismo testimonio: Nuestra Señora, como mensajera de Dios, había pedido la consagración pública de Rusia, y *sólo* de Rusia, en una ceremonia encabezada por el Papa junto con todos los obispos del mundo.

Ya se nos dio un anticipo de los incomparables beneficios que Dios concederá a la Iglesia y al mundo una vez que se honren los simples pedidos de Nuestra Señora. El triple milagro que tuvo lugar en Portugal cuando esa nación fue consagrada al Inmaculado Corazón demuestra la benevolencia de Dios cuando Sus criaturas Le rinden culto y Lo obedecen como Él lo ha pedido.

Capítulo 6

La vidriera de Nuestra Señora

Como para demostrar la eficacia de la Consagración que la Santísima Virgen había pedido, Dios creyó oportuno permitir una demostración, por decirlo así, en Portugal. El 13 de mayo de 1931, aniversario de la primera aparición en Fátima, en presencia de 300.000 fieles que estaban en Fátima para el evento, los obispos de Portugal consagraron solemnemente su nación al Inmaculado Corazón de María. Al hacerlo, dieron testimonio de la autenticidad del Mensaje de Fátima y su pedido de Consagración de Rusia.

Estos buenos obispos pusieron Portugal bajo la protección de Nuestra Señora para preservar esa nación del contagio comunista que estaba asolando Europa, especialmente España. El mundo sabe bien del genocidio de decenas de millones a manos de Lenin y de Stalin en Rusia y el Este de Europa y más tarde a manos de Mao en China. Lo que es menos conocido es que los revolucionarios comunistas en España habían sido responsables de la matanza de miles de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos durante la Guerra Civil Española (1936-39), durante la cual ellos procuraron limpiar toda la resistencia de los católicos al gobierno secular amoral. Las fuerzas católicas finalmente prevalecieron y el Papa Juan Pablo II ha beatificado a 233 de esos mártires.

Para 1931 la profecía de la Virgen sobre la propagación de los errores de Rusia en todo el mundo ya se había cumplido con implacable exactitud. Como resultado de la Consagración al Inmaculado Corazón de Nuestra Señora ese año, Portugal experimentó un triple milagro: un magnífico renacimiento católico, una reforma social y política de acuerdo con los principios sociales católicos y la protección de los estragos del comunismo y de la guerra.

Hubo un gran renacimiento de la vida católica, tan notable que aquellos que lo vivieron lo atribuyeron incuestionablemente a la obra de Dios. Durante ese período, Portugal gozó de un drástico resurgimiento de las vocaciones sacerdotales. El número de religiosos casi se cuadruplicó en 10 años. Las comunidades religiosas crecieron igualmente. Hubo un vasto renacimiento de la vida cristiana que se mostró en muchas áreas, incluyendo el desarrollo de una prensa católica, de la radio católica, de peregrinaciones, retiros espirituales, y un robusto movimiento de la Acción Católica que fue

integrada al marco de la vida parroquial y diocesana.

Este renacimiento católico fue de tal magnitud que en 1942 los obispos de Portugal declararon en una carta pastoral: “Cualquiera que hubiera cerrado sus ojos hace veinticinco años y los hubiera abierto ahora ya no reconocería a Portugal, tan vasta es la transformación obrada por el factor modesto e invisible de la aparición de la Santísima Virgen en Fátima. Verdaderamente, Nuestra Señora quiso salvar a Portugal”.

Poco después de la Consagración de 1931, Antonio Salazar ascendió al poder en Portugal e inauguró un programa católico contra-revolucionario. Procuró crear un orden social católico en el cual las leyes del gobierno y las instituciones sociales estuvieran armonizadas con la ley de Cristo, Su Evangelio y Su Iglesia. Salazar fue un implacable adversario de cualquier ley o programa social que “menoscabara o disolviera la familia y las enseñanzas de la Iglesia en defensa de la familia”.

El Presidente Salazar no se embarcó en un programa de mera propaganda vacía. Aprobó un conjunto de leyes para proteger a la familia, incluyendo las que prohibían el divorcio para matrimonios celebrados en la Iglesia. El número de matrimonios católicos se incrementó notablemente después de la promulgación de esta ley. Para 1960 Salazar había logrado revertir casi completamente la destrucción de la institución del matrimonio en Portugal, instigada por las leyes liberales de divorcio promulgadas anteriormente de acuerdo con la concepción masónica del orden social secular. A partir de 1960, cerca del 91% de los matrimonios celebrados en el país fueron matrimonios católicos, un logro imponente que ninguno pudo haber esperando sin la intervención divina.

Además de estos cambios políticos y religiosos asombrosos, hubo un doble milagro de paz: Portugal fue preservada del terror comunista, especialmente de la Guerra Civil Española, que bramaba ante su puertas, y de la devastación de la Segunda Guerra Mundial.

Los obispos Portugueses habían prometido en 1936 que si Nuestra Señora protegía a Portugal de los efectos de la Guerra Civil Española, ellos le expresarían su gratitud renovando la Consagración nacional al Inmaculado Corazón de María. Fieles a su palabra, el 13 de mayo de 1938 los obispos renovaron la Consagración de Portugal al Inmaculado Corazón de María en acción de gracias por la protección de Nuestra Señora. El Cardenal Cerejeira reconoció públicamente: “Desde que la aparición de Nuestra Señora de Fátima

en 1917... una especial bendición de Dios ha descendido sobre la tierra de Portugal... especialmente si repasamos los dos años que han transcurrido desde nuestro voto. Uno no puede dejar de reconocer que la mano invisible de Dios ha protegido a Portugal, librándonos del flagelo de la guerra y de la lepra del ateísmo comunista”.

Inclusive el Papa Pío XII expresó su asombro de que Portugal hubiera escapado a los horrores de la Guerra Civil Española y de la amenaza comunista en general. En un discurso al pueblo de Portugal, el Papa habló “del Peligro Rojo, tan amenazante y tan cercano [en España], pero evitado de manera tan inesperada”. Pocos católicos saben que inclusive en la misma España una diócesis, la de Sevilla, fue preservada de la devastación de la guerra. ¿Por qué? Porque el Arzobispo de Sevilla había consagrado su diócesis al Inmaculado Corazón de María. No hubo allí ninguna muerte violenta como resultado de la Guerra Civil en ninguna parte de la diócesis, aunque la guerra había cobrado un millón y medio de vidas en el resto de España.

Después de escapar de la amenaza del comunismo en España, Portugal se enfrentaba a un segundo peligro todavía mayor: estaba por estallar la Segunda Guerra Mundial. Y cumpliendo también en este caso la profecía de la Santísima Virgen del 13 de julio de 1917, la guerra comenzaría “en el reinado de Pío XI”, después de “una noche alumbrada por una luz desconocida...”

El 6 de febrero de 1939, siete meses antes de la declaración de la guerra, la Hermana Lucía escribió a su obispo, Monseñor da Silva. Ella le dijo que la guerra era inminente, pero luego habló de una promesa milagrosa. Ella dijo “de esta guerra horrible, Portugal será librada a causa de la consagración nacional al Inmaculado Corazón de María hecha por los obispos”. Y Portugal *fue* librada de los horrores de la guerra.

Inclusive más notable, la Hermana Lucía escribió al Papa Pío XII el 2 de diciembre de 1940 para decirle que Portugal estaba recibiendo especial protección durante la guerra, y que otras naciones la hubieran recibido si sus obispos hubieran consagrado sus países al Inmaculado Corazón de María. Ella escribió: “Santísimo Padre: Nuestro Señor promete que, durante la guerra, nuestro País recibirá una protección especial, gracias a la Consagración de Portugal al Corazón Inmaculado de María, realizada por los Prelados portugueses; y sirve *como prueba de las gracias que le serían concedidas a otras naciones, si también fuesen consagradas a Ella.*”

Del mismo modo el Cardenal Cerejeira de Portugal no dudó en atribuir a Nuestra Señora de Fátima las grandes gracias que Ella había obtenido para Portugal durante este tiempo. El 13 de mayo de 1942 el Cardenal dijo: “Para expresar lo que ha estado ocurriendo aquí durante veinticinco años, el vocabulario portugués no tiene sino una sola palabra: milagro. “Sí, estamos firmemente convencidos de que debemos a la protección de la Santísima Virgen la maravillosa transformación de Portugal”.

El Cardenal Cerejeira sostuvo que las milagrosas bendiciones que Nuestra Señora obtuvo para Portugal como una celestial recompensa por las consagraciones de esa nación en 1931 y 1938 eran sólo una anticipación de lo que Ella haría por el mundo entero una vez que Rusia fuera también consagrada apropiadamente a Su Inmaculado Corazón. Como dijo el Cardenal: “Lo que ha sucedido en Portugal proclama el milagro. Y es al mismo tiempo una prefiguración de lo que el Inmaculado Corazón de María ha preparado para el Mundo”.

No es difícil de comprender porqué en ese tiempo Portugal fue llamado la “Vidriera de Nuestra Señora”. El triple milagro de Portugal no es sino una presentación de cómo la Consagración de Rusia, hecha en una ceremonia pública solemne conducida por el Papa junto con todos los obispos católicos del mundo, afectará a Rusia y al mundo. El ejemplo milagroso de Portugal es también provechoso para nosotros para juzgar el presente. Si nosotros contrastamos el triple milagro de Portugal después de ser consagrada con la presente condición de Rusia y del mundo, es obvio que la Consagración de Rusia aún no ha sido realizada.

La misma Madre de Dios nos ha prometido que todo el mundo se convertirá en la Vidriera de Nuestra Señora una vez que Rusia sea consagrada a Su Inmaculado Corazón: “Por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre Me consagrará Rusia que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz”.

La pregunta faltante es estricta: ¿Este triunfo del Inmaculado Corazón de María “por fin”, vendrá antes o después de la pérdida de incontables almas y la aniquilación de varias naciones, que como Nuestra Señora dejó en claro, son las consecuencias de demorar por tanto tiempo el cumplimiento de Sus pedidos? La respuesta a esa pregunta puede muy bien depender de si un Movimiento de Sacerdotes de Fátima pueda lograr asegurar la obediencia de la Iglesia al Mensaje de Fátima.

Capítulo 7

Advertencia tras advertencia, ignoradas

En Rianjo, España, en 1931 dijo Nuestro Señor a la Hermana Lucía: “Participa a Mis ministros que, en vista de que siguen el ejemplo del Rey de Francia, en la dilación de la ejecución de mi petición, también lo han de seguir en la aflicción”.

¿Cual fue el ejemplo del Rey de Francia? El dejó de *consagrar Francia al Sagrado Corazón* como Nuestro Señor le había ordenado en Su aparición a Santa Margarita María Alacoque en 17 de junio de 1689, en otra aparición aprobada por la Iglesia como digna de crédito. Ninguno de los reyes que lo sucedieron obedeció su orden. Cien años después del día de la aparición –el 17 de junio de 1789– el Rey Luís XVI de Francia fue despojado de su poder por el Tercer Estado y cuatro años más tarde fue guillotinado. Su intento de consagrar Francia en su celda de la cárcel mientras esperaba la ejecución fue demasiado pequeño, demasiado tardío; no fue el acto público solemne que Nuestro Señor le había ordenado para que todo el mundo supiera que su poder había salvado a Francia.

En Rianjo, Nuestro Señor nos advirtió que si nosotros no cumplimos la orden que nos dio en Fátima, que esa otra consagración fuera realizada –la consagración pública y solemne de Rusia– muchos de los ministros de Su Iglesia seguirán al decapitado Rey de Francia en su aflicción, junto con todas las naciones que serán aniquiladas en lo que bien podría ser un castigo peor que el Diluvio.

Estos sucesos están aún *por ocurrir*. El Mensaje de Fátima no es meramente una profecía de dos guerras mundiales y el surgimiento del comunismo, como alguno de nosotros podría creer hoy. En su entrevista con el Padre Fuentes el 26 de diciembre de 1957, mucho tiempo después de terminada la Segunda Guerra Mundial y de la subyugación de media Europa por parte de Stalin, la Hermana Lucía habló de calamidades aún peores por venir:

“Padre, la Santísima Virgen está muy triste, porque nadie hace caso a su Mensaje, ni los buenos ni los malos. Los buenos, porque prosiguen su camino de bondad; pero sin hacer caso a este mensaje. Los malos, porque no viendo el castigo de Dios actualmente sobre ellos, a causa de sus pecados, prosiguen también su camino de maldad, sin hacer caso a este Mensaje. Pero, créame, Padre, *Dios va a castigar al mundo, y lo va a castigar de una manera tremenda. El*

castigo del cielo es inminente. ¿Qué falta, Padre, para 1960; y qué sucederá entonces? Será una cosa muy triste para todos; y no una cosa alegre si antes el mundo no hace oración y penitencia. No puedo detallar más, ya que es aún secreto que, por voluntad de la Santísima Virgen, solamente pudieran saberlo tanto el Santo Padre como el señor Obispo de Fátima; pero que ambos no han querido saberlo para no influenciarse. Es la tercera parte del Mensaje de Nuestra Señora, que aún permanece secreto hasta esa fecha de 1960. Dígales, Padre, que la Santísima Virgen, repetidas veces, tanto a mis primos Francisco y Jacinta, como a mí, nos dijo; Que muchas naciones de la tierra desaparecerán sobre la faz de la misma, que Rusia sería el instrumento del castigo del Cielo para todo el mundo, si antes no alcanzábamos la conversión de esa pobrecita Nación (...)”.

La Hermana Lucía me decía también: “Padre, el demonio está librando una batalla decisiva con la Virgen; y como sabe qué es lo que más ofende a Dios y lo que, en menos tiempo, le hará ganar mayor número de almas, está tratando de ganar a las almas consagradas a Dios, ya que de esta manera también deja el campo de las almas desamparado, y más fácilmente se apodera de ellas.”

La Hermana Lucía relató con particular alarma la advertencia de Nuestra Señora de que el diablo atacaría a las almas consagradas –especialmente los sacerdotes y obispos– y lograría “vencerlas”, dejando a los fieles abandonados por los mismos pastores que Dios había ordenado para salvar el rebaño de la eterna condenación. Recordemos el sermón del Papa Juan Pablo II en Fátima en el año 2000, en el cual Su Santidad declaró que “el Mensaje de Fátima es un llamamiento a la conversión, y alerta a la Humanidad a que no haga el juego del ‘dragón’, cuya ‘cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del Cielo y las lanzó a la tierra’ (Apoc. 12:4)” –una referencia, como tradicionalmente se la entendió, a la caída de los sacerdotes y otras almas consagradas de su exaltado estado por la influencia del diablo.

La Hermana Lucía advirtió que junto con la caída de las almas consagradas, *naciones enteras desaparecerán de la faz de la tierra, y que esa desastrosa cadena de eventos comenzará en los años siguientes a 1960.*

La Hermana Lucía también reveló específicamente que estos eventos terribles están profetizados en “la tercera parte del Mensaje de Nuestra Señora, que aún permanece secreto hasta esa fecha de

1960”. Esta es una referencia inequívoca al Tercer Secreto de Fátima. El Tercer Secreto predice, evidentemente, un doble castigo, material y espiritual, en el cual una crisis de la fe y la disciplina en la Iglesia será acompañada por una catástrofe global que causará que “muchas naciones desaparecerán de la faz de la tierra”.

Este contenido del Tercer Secreto fue dramáticamente confirmado en una entrevista crucial del entonces Cardenal Ratzinger con Vittorio Messori en la revista italiana *Jesús*, publicada el 11 de noviembre de 1984. En la entrevista el Cardenal reveló que él había leído el Tercer Secreto y éste habla de “los peligros que amenazan la Fe y la vida de los cristianos, y por lo tanto [la vida] del mundo”. Nuevamente nosotros vemos el tema de una crisis en la Iglesia y el peligro consecuente para todo el mundo.

Esta entrevista, junto con muchas otras piezas de evidencia, una discusión que está más allá de la competencia de este cuadernillo, ha llevado al renombrado escritor católico Antonio Socci a concluir en su reciente libro *Il Quarto Segredo di Fatima* que el Tercer Secreto, indudablemente, contiene palabras de la Santísima Virgen advirtiendo de una crisis en la Iglesia y catastróficos eventos en el mundo.¹ Como el mismo Vittorio Messori indica en una crónica sobre este libro, Socci concluye que “la parte del secreto revelada [por el Vaticano] la del ‘obispo vestido de blanco’ que es asesinado por ‘disparos de armas y flechas’ es auténtica, pero que sólo constituye un fragmento. En su integridad, el mensaje podría contener palabras terribles sobre la crisis de la fe, sobre traiciones por parte de la jerarquía, sobre eventos catastróficos por venir para la Iglesia y, con ella, para toda la humanidad”.²

Es verdaderamente revelador que el Vaticano no haya negado ningún aspecto de las conclusiones de Socci, ni siquiera su pretensión de que existe un texto suprimido del Tercer Secreto. Socci no es alguien que pueda simplemente ser ignorado. Es una celebridad nacional en Italia y ha conducido personalmente conferencias de prensa con el Cardenal Ratzinger. El silencio del Vaticano frente al libro de Socci habla por sí solo.

El libro subsiguiente del Cardenal Bertone, publicado el 10 de mayo de 2007 y su entrevista en televisión el 31 de mayo de 2007, refuerza la convicción que la conclusión de Antonio Socci es cierta: que queda una parte del Tercer Secreto que no ha sido oficialmente revelada.

La publicación del libro de Socci pone de relieve la absoluta urgencia del Mensaje de Fátima, cuyas implicancias van más allá de

la Iglesia Católica para alcanzar al mundo entero. *Todo el mundo está en peligro, y la advertencia de ese peligro está contenida en el Tercer Secreto.* En su entrevista de 1984 con Messori, el Cardenal Ratzinger reveló además que “las cosas contenidas en ese ‘Tercer Secreto’ corresponden a lo que ha sido anunciado en la Escritura y ya ha sido dicho una y otra vez en muchas apariciones marianas, sobre todo en las de Fátima...”

La referencia del Cardenal a “aquello que ha sido anunciado en otras apariciones marianas” es bastante reveladora. El 13 de octubre de 1973—en el mismísimo aniversario del Milagro del Sol en Fátima—Nuestra Señora apareció en Akita, Japón para advertir de un doble castigo: a la Iglesia y al mundo. La aparición de Akita fue aprobada como auténtica luego de una larga investigación realizada por el obispo local. El Cardenal Ratzinger, hoy Papa Benedicto XVI, ha descrito el Mensaje de Akita como “esencialmente el mismo” que el Mensaje de Fátima. He aquí lo que dijo Nuestra Señora a la Hermana Inés Sasagawa en Akita:

“Como les dije, si los hombres no se arrepienten y no mejoran su conducta, el Padre infligirá un castigo terrible sobre la Humanidad. Será un castigo más grande que el Diluvio, tal como no se ha visto antes. Caerá fuego del cielo y destruirá una gran parte de la humanidad, los buenos tanto como los malos, no librándose ni los sacerdotes ni los fieles.

“Los sobrevivientes se encontrarán tan desolados que envidiarán a los muertos. Las únicas armas que quedarán para ustedes serán el Rosario y el Signo dejado por Mi Hijo. Cada día recen las oraciones del Rosario, recen por el Papa, por los obispos y por los sacerdotes.

“La obra del diablo se infiltrará incluso dentro de la Iglesia de tal manera que uno verá cardenales oponiéndose a cardenales, obispos contra otros obispos.³ Los sacerdotes que me veneren serán despreciados y enfrentados por sus cofrades (otros sacerdotes). Las iglesias y los altares serán saqueados. La Iglesia estará llena de aquellos que aceptan transigencias y el demonio presionará a muchos sacerdotes y almas consagradas para que dejen de servir al Señor.

“El demonio estará furioso especialmente contra las almas consagradas a Dios. El pensamiento de la pérdida de tantas almas es la causa de Mi tristeza. Si los pecados aumentan en número y gravedad, ya no habrá ningún perdón para ellas”.

El paralelo entre el Mensaje de Akita y el Mensaje de Fátima, incluyendo el Tercer Secreto descrito por la Hermana Lucía, no puede

ser más exacto: ambos Mensajes predicen una crisis en la Iglesia y la destrucción de una gran parte de la humanidad si continúa la apostasía contra Dios de muchos sacerdotes, obispos y laicos. Ya hemos notado la deserción masiva de almas consagradas del sacerdocio, de las órdenes religiosas y de los conventos como Nuestra Señora nos advirtió tanto en Fátima como en Akita. ¿Puede estar tan lejos el consecuente castigo divino de todo el mundo?

El paralelo entre Fátima y Akita se hizo aún más claro por la visión del Tercer Secreto que el Vaticano publicó en junio de 2000. En la visión publicada sobre el “obispo vestido de blanco”, vemos una figura encorvada, evidentemente el Papa, recorriendo con dificultad una ciudad medio en ruinas sobre los cadáveres de muchos obispos, sacerdotes y laicos. El Papa se esfuerza por alcanzar la cima de una montaña en la que hay una gran cruz de madera. Cuando se arrodilla ante la Cruz el Papa es ejecutado por una banda de soldados. También vemos llamas emanando hacia la tierra de manos de un ángel vengador que está exigiendo penitencia a la humanidad. ¿No es este el cuadro vivo de un vestigio de la Iglesia sufriente y perseguida en un mundo devastado, tal vez devastado por una guerra nuclear que incluye armas atómicas? ¿No es la misma Roma la ciudad medio en ruinas, y por analogía, la Iglesia como un todo?

Las primeras dos partes del Mensaje de Fátima, sin embargo, no proveen información del obispo vestido de blanco, ni de la ciudad medio en ruinas llena de cuerpos de obispos, sacerdotes y laicos, la ejecución del Papa por los soldados y las llamas saliendo de las manos del ángel vengador. Ni las primeras dos partes mencionan una crisis en la Iglesia que surge de la caída de muchas almas consagradas —un hecho que *es* mencionado tanto en el Mensaje de Akita como en la entrevista de la Hermana Lucía con el Padre Fuentes sobre el Tercer Secreto, la parte del Tercer Secreto aún no revelada por el Vaticano. Es decir, las palabras de Nuestra Señora que siguen a su afirmación “en Portugal, se conservará siempre el dogma de la fe...” contiene casi ciertamente una explicación de la visión revelada por el Vaticano en 2000.

Las primeras dos partes del Mensaje de Fátima, la advertencia de Nuestro Señor a la Hermana Lucía en 1931, la entrevista de la Hermana Lucía de 1957 con el Padre Fuentes, el Mensaje de Akita en 1973, la entrevista del Cardenal Ratzinger en 1984 sobre el Tercer Secreto y la visión del Tercer Secreto publicada por el Vaticano en 2000, señalan todas la misma conclusión: el Cielo nos ha advertido sobre una crisis en la Iglesia y un castigo divino a todo el mundo que

serán como nunca ocurrió antes.

¿Quién puede negar que esta profecía de un doble castigo de la Iglesia y del mundo está ocurriendo ante nuestros propios ojos? El Concilio Vaticano II nos urgió a leer “los signos de los tiempos”. Con la asistencia del Cielo nosotros, verdaderamente, leemos esos signos y todos ellos señalan un desastre... a menos que el mundo cambie su curso muy pronto. El Mensaje de Fátima nos da los medios para cambiar ese curso antes que sea demasiado tarde.

Capítulo 8

¿Ya se hizo?

La Madre de Dios vino a la tierra y con la solicitud de una Madre perfecta y de la misma Reina de los Cielos, nos advirtió del peligro para las almas y para el mundo y nos dio los medios para evitar ese peligro. ¿Qué hemos hecho con Su Mensaje? Hemos dejado de obedecerlo incluso cuando el mundo avanza y avanza hacia un desastre de proporciones apocalípticas. ¡Cuán triste debe estar nuestra Madre por esto! Como la Hermana Lucía confió al Padre Fuentes:

“Padre, la Santísima Virgen está muy triste, porque nadie hace caso a Su Mensaje, ni los buenos ni los malos. Los buenos, porque prosiguen su camino de bondad; pero sin hacer caso a este mensaje. Los malos, porque no viendo el castigo de Dios actualmente sobre ellos, a causa de sus pecados, prosiguen también su camino de maldad, sin hacer caso a este Mensaje”.

Como hemos visto, la Consagración de Rusia al Inmaculado Corazón es la clave para evitar el peso completo del castigo del Cielo y además para mitigar el castigo que ya ha sido infligido sobre la Iglesia y el mundo desde 1957. Esta Consagración abre el dique, por así decirlo, y trae un milagroso desborde de gracias en el mundo. Como prometió Nuestra Señora: “Por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre Me consagrará Rusia que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz”.

Hay algunos que dicen que Rusia fue consagrada al Inmaculado Corazón en 1982 y otra vez en 1984, cuando el Papa encabezó unas ceremonias de consagración en las cuales él mencionó al mundo, pero no a Rusia. Una consagración del mundo, dicen, es tan válida como una consagración de Rusia, porque Rusia es parte del mundo. Este grupo persiste en este argumento superficial incluso cuando ellos mismos presencian el empeoramiento en la condición de la Iglesia y del mundo desde que esas dos ceremonias fueron llevadas a cabo. No hemos visto siquiera nada parecido al Triunfo del Inmaculado Corazón desde 1982 y 1984, sino solo el crecimiento de la inmoralidad y agitación en el mundo, y lo que el mismo Papa Juan Pablo II llamó “una silenciosa apostasía” en la Iglesia. Claramente, las consagraciones del Papa Juan Pablo II de 1982 y 1984 no han llevado a los resultados que Nuestra Señora prometió que ocurrirían

después de la Consagración de Rusia.

Como explica el diccionario, la palabra “consagración” significa “la santificación de alguna cosa (normalmente con ritos religiosos) poniéndola aparte con el fin de dedicarla a Dios”.⁴ Para consagrar una cosa—esto es, santificarla al *apartarla* de otras cosas—uno debe obviamente *especificar* la cosa a ser consagrada y apartada. Por ejemplo, cuando un obispo consagra una nueva iglesia para el culto católico, el obispo debe especificar en el ritual que él está consagrando esa iglesia en particular, de lo contrario no será consagrada. Del mismo modo, un cementerio no puede ser consagrado como camposanto para entierros católicos, a menos que esa parcela de tierra sea especificada por el obispo como el objeto de la consagración.

Sería completamente absurdo que alguien diga que un obispo podría consagrar una nueva iglesia o un nuevo cementerio simplemente consagrando toda su diócesis, sin siquiera especificar el edificio de la iglesia o la tierra del cementerio. Sin embargo, algunos proponen tal absurdo para justificar la afirmación de que las ceremonias de 1982 y 1984 del Papa Juan Pablo II, consagrando el mundo al Inmaculado Corazón, fueron también consagraciones de Rusia. El sentido común es suficiente para decirnos que Rusia no puede ser consagrada—santificada y puesta aparte del mundo—en una ceremonia que ni siquiera *menciona* a Rusia, y mucho menos la aparta de las otras naciones del mundo.

Tenemos algo más que sentido común para guiarnos en este punto. La Hermana Lucía dejó en claro reiteradamente que lo que Nuestra Señora quería era la Consagración de *Rusia*, no del mundo. Ella enfatizó este punto muchas veces. Consideremos algunos ejemplos.

En 1947, el eminente historiador católico William Thomas Walsh relató en su historia definitiva de Fátima, *Our Lady of Fatima*, que “Lucía dejó en claro que Nuestra Señora *no pidió la consagración del mundo* a Su Inmaculado Corazón. Lo que ella pidió específicamente fue la Consagración de Rusia”. Walsh señaló:

“La Hermana Lucía dijo más de una vez, y con deliberado énfasis: ‘Lo que Nuestra Señora quiere es que el Papa y todos los Obispos en el mundo consagren *Rusia* a Su Inmaculado Corazón en un día especial. Si eso se hace, Ella convertirá a Rusia, y habrá paz. Si no se hace, los errores de Rusia se propagarán a través de todos los países del mundo’”.

Como informó el Padre Thomas McGlynn en su libro *Vision of*

Fatima (pág. 80), en 1949 la Hermana Lucía corrigió el malentendido del pedido de Nuestra Señora insistiendo: “No, no del mundo, *de Rusia, de Rusia*”. Es notable que esta monja enclaustrada y obediente se sintiera obligada a *reprender vigorosamente a un sacerdote* sobre este punto.

En 1952, la propia Virgen María dijo a la Hermana Lucía: “Haz saber al Santo Padre que estoy siempre esperando la Consagración de *Rusia* a Mi Inmaculado Corazón. Sin la Consagración de *Rusia*, Rusia no podrá convertirse ni el mundo tener paz”.

En 1982 *L'Osservatore Romano* informó que en 1978 el Padre Umberto Pasquale, S.D.B., confidente de la Hermana Lucía, le había preguntado: “¿Le ha hablado Nuestra Señora alguna vez de la consagración del mundo a Su Inmaculado Corazón?” Ella replicó: “*No*, Padre Umberto, *nunca*. En la Cova da Iria en 1917, Nuestra Señora prometió, ‘Yo vendré a pedir la Consagración de *Rusia*’”.

En una carta al Papa Pío XII, la Hermana Lucía se había referido a una consagración del mundo con una mención explícita de Rusia. Cuando el Padre Umberto le preguntó porqué había hecho eso, ella le contestó: “Voy a hacer una aclaración en respuesta a su pregunta. Nuestra Señora de Fátima, en Su pedido, *sólo se refirió a la Consagración de Rusia*. En la carta que escribí al Santo Padre por instrucción de mi confesor, le pedí la consagración del mundo con mención explícita de Rusia”. La Hermana Lucía, siendo obediente y sumisa, siguió la sugerencia de su confesor y agregó un pedido de consagración del mundo al que Nuestra Señora le había hecho. Ella recalcó, sin embargo, que Nuestra Señora *no le había pedido eso*, sino *sólo* la Consagración de Rusia. Los testigos elegidos por Dios no podrían desviarla del Mensaje que a ella le había sido dado.

Por consiguiente, la Hermana Lucía no pudo dejar de decir la verdad cuando el representante personal del Papa le preguntó si la ceremonia de 1982 había cumplido los pedidos de Nuestra Señora. El 19 de marzo de 1983 ella les dijo al Nuncio Papal, Arzobispo Portalupi, al doctor Lacerda y al Padre Messias Coelho:

“En el acto de ofrenda del 13 de mayo de 1982, Rusia no apareció como el objeto de la consagración... La Consagración de *Rusia no ha sido hecha como Nuestra Señora la había pedido*.”

El 22 de marzo de 1984, dos días antes de la consagración del mundo, la Hermana Lucía le dijo a su antigua amiga, la señora Eugenia Pestana: “Esta consagración no puede tener un carácter decisivo”.

En septiembre de 1985, dieciocho meses después de la consagración del mundo en 1984, la Hermana Lucía fue entrevista por la revista *Sol de Fátima*, la publicación del Ejército Azul en España, y dijo lo siguiente:

Pregunta: ¿No ha hecho [Juan Pablo II], por lo tanto, lo que se había pedido en Tuy?

Hermana Lucía: No hubo participación de todos los obispos, y no hubo mención de Rusia.

Pregunta: ¿Entonces la consagración no se hizo según lo pidió la Virgen?

Hermana Lucía: *No*. Muchos obispos no atribuyeron ninguna importancia a este acto.

Finalmente, el 20 de julio de 1987, la Hermana Lucía, de camino a votar según lo ordenado por su superiora, le dijo al periodista Enrique Romero que la Consagración de Rusia no había sido realizada como se pidió.

En vista de este testimonio repetido e inequívoco durante un período de unos setenta años (1917-1987), las afirmaciones de que la Hermana Lucía después “cambió de idea” y llegó a “concordar” en que Rusia fue consagrada sin mencionar a Rusia, no son fidedignas. Tales afirmaciones implicarían que la Hermana Lucía había rechazado no sólo lo que la Santísima Virgen le pidió específicamente y todo su propio testimonio anterior, sino también la recta razón y el sentido común.

Además, las afirmaciones de que la Hermana Lucía repentinamente cambió en su testimonio, están rodeadas de circunstancias cuestionables, como ha sido ampliamente demostrado en otra parte.⁵ Estas circunstancias incluyen la repentina aparición de cartas escritas con computadora, que la Hermana Lucía nunca usó; la inaccesibilidad de la Hermana Lucía para entrevistas de revistas independientes después de 1960; y el ocultamiento del estudio definitivo del Mensaje de Fátima preparado por el Padre Joaquín María Alonso, S.T.D, Ph. D., quien durante dieciséis años fue el archivista oficial de Fátima, puesto que le permitió entrevistar a la Hermana Lucía en numerosas ocasiones.⁶

Algunos han sugerido que el Papa Juan Pablo II declaró que había hecho la Consagración en la manera que la Santísima Virgen pidió. La evidencia, sin embargo, deja en claro que Su Santidad sabía que *no* la había hecho.

El 19 de mayo de 1982, seis días después de la consagración del mundo en 1982, Juan Pablo II declaró: “Intenté hacer todo lo que en

las circunstancias concretas pude para enfatizar la unión colegiada del Obispo de Roma con todos sus hermanos en el ministerio y servicio episcopal en el mundo”.

Durante la ceremonia de consagración de 1984, después de pronunciar las palabras “confiando” el mundo, pero no Rusia, al Inmaculado Corazón, el Papa espontáneamente añadió estas palabras: “ilumina especialmente a los pueblos que Tú Misma *esperas* y confías que consagremos”. Así, el Papa reconoció públicamente la consagración pedida por la Santísima Virgen todavía no se había realizado. Estas palabras se incluyeron en un informe oficial del evento en *L’Osservatore Romano* el 26 de marzo de 1984.

Al día siguiente en el periódico del episcopado italiano, *Avvenire*, se publicó un informe que contenía los comentarios del Papa en la Basílica de San Pedro, algunas horas *después* de la ceremonia de consagración:

“Deseamos escoger este domingo, 3er. Domingo de Cuaresma de 1984, todavía dentro del Año Santo de la Redención, para el acto de encomendar y consagrar al mundo, a la gran familia humana, a todos los pueblos, especialmente aquellos que tienen una grandísima necesidad de ser encomendados y consagrados, a aquellos pueblos que Tú Misma *esperas* que consagremos y encomendemos.”

Así, horas después de terminada la ceremonia de 1984, el Papa siguió diciendo que Nuestra Señora *todavía estaba esperando* la Consagración de Rusia a Su Inmaculado Corazón. En el mismo comentario, repitió su opinión de 1982, que él había hecho todo que pudo en esas circunstancias: “Nosotros hemos podido hacer todo esto de acuerdo con nuestras *pobres posibilidades humanas* y en la medida de la *debilidad humana*, pero con inmensa confianza en Tu amor maternal e inmensa confianza en Tu solicitud maternal”.

¿Por qué se abstendría el Papa de mencionar a Rusia en una ceremonia de consagración que obviamente se supone que tenía a Rusia como su objetivo? ¿Cuales fueron las “circunstancias concretas,” “las pobres posibilidades humanas” y la “debilidad humana” que habían limitado su capacidad para actuar? Nosotros tenemos la respuesta a estas preguntas desde una fuente vaticana altamente situada, citada en *Dentro del Vaticano* (noviembre de 2000): “Roma teme que los rusos ortodoxos puedan considerar esto como una ofensa si Roma fuera a hacer mención específica de Rusia en tal oración, como si Rusia tuviera una necesidad especial de recibir ayuda cuando todo el mundo, incluyendo el Occidente pos Cristiano,

se enfrenta a problemas profundos”.

Nosotros sabemos, entonces, que al Papa se le aconsejó que no hiciera ninguna mención especial de Rusia en ninguna ceremonia de consagración por temor a ofender a los ortodoxos rusos al pedir una especial intervención del Cielo exclusiva para su nación, *aunque eso es precisamente lo que pidió Nuestra Señora*. El resultado, por supuesto, es que las ceremonias de 1982 y 1984 fueron diseñadas, por razones diplomáticas y ecuménicas, precisamente *para no dar la impresión* de que Rusia estaba siendo consagrada de manera especial. ¿Es razonable pedir a los católicos que crean que Rusia fue consagrada en ceremonias que *omiten deliberadamente cualquier referencia a Rusia*? ¿Como puede uno consagrar un lugar *negándose a mencionar el lugar* para evitar que sus habitantes se sientan ofendidos? ¿Puede alguien creer seriamente que los hechos ocurridos en los últimos veintitrés años revelan la conversión de Rusia, el triunfo del Inmaculado Corazón de María, y un período de paz en el mundo?

Como hemos visto, desde las ceremonias de 1982 y 1984 y a pesar de la “caída del Comunismo” en 1991, Rusia se ha convertido en una virtual dictadura bajo Vladimir Putin. Bajo este gobierno no ha habido ciertamente ninguna conversión de Rusia al Catolicismo Romano y ni siquiera se observa una tendencia en esa dirección. De hecho, Putin está persiguiendo a la Iglesia Católica. Bajo una ley rusa de 1997, la Iglesia está sujeta a severas limitaciones legales a su misma existencia, mientras que a la Ortodoxia Rusa, al Islam, al Budismo y al Judaísmo se les da un tratamiento de privilegio. Algunos clérigos católicos claves, incluyendo al Obispo de Siberia, han sido expulsados de Rusia por ser considerados “peligrosos para la federación Rusa,” llevando al Arzobispo Kondrusiewicz a protestar:

“Los católicos rusos se preguntan lo que ocurrirá ahora. ¿Las garantías constitucionales son válidas también para ellos, incluyendo la libertad de conciencia? ¿Y que hay del derecho de tener sus propios pastores que incluye invitarlos desde el exterior, sin olvidar que durante 81 años la Iglesia Católica [en Rusia] fue privada del derecho de formar y ordenar sus propios sacerdotes?”

En suma, Putin ha evitado positivamente cualquier conversión de Rusia al Catolicismo, que es la única conversión que prometió Nuestra Señora de Fátima. Como indicó el Padre Alonso, el archivista oficial de Fátima:

“...podríamos decir que Lucía ha pensado siempre que la

‘conversión’ de Rusia no se entiende sólo de un retorno de los pueblos de Rusia a la religión cristiano-ortodoxa, rechazando el ateísmo marxista y ateo de los soviets, sino que se refiere pura y llanamente a la conversión total e integral de un retorno a la única y verdadera Iglesia, la católico-romana.”

¡Rusia no ha sufrido siquiera una conversión a la Ortodoxia rusa! En realidad el 94% de los rusos entre 18 y 29 años ni siquiera van a la iglesia. Viven como paganos.

Algunos sugieren que la “conversión” que Nuestra Señora prometió era una conversión del comunismo a la democracia. Es claro, sin embargo, que Rusia no ha sido aún “convertida” en esa forma. Putin se ha revestido de la autoridad para designar a todos los gobernadores locales, usado entidades del estado para adquirir y cerrar toda las estaciones de TV y periódicos importantes opositores, terminado con las transmisiones de Radio Europa Libre y La Voz de América, y puesto bajo la supervisión y el control del Kremlin a todas las organizaciones no gubernamentales en Rusia. El *New York Times* concluyó que “Vladimir Putin ha revertido los caminos inclinando a la democracia que fueron marcados torpe e incompletamente por Boris Yeltsin, y está usando las vastas reservas de gas y petróleo de Rusia como herramientas de intimidación y chantaje.”⁷

Ciertamente no ha habido ninguna conversión moral en Rusia. Desde las ceremonias de 1982 y 1984, la población rusa ha estado declinando en 700.000 a 800.000 personas por año debido en gran medida al hecho que las mujeres rusas experimentan 13 abortos por cada 10 nacidos vivos. Las mujeres rusas opulentas, en una sociedad que está todavía terriblemente empobrecida, están usando células de bebés abortados para tratamientos de belleza. Hay un desenfrenado avance del alcoholismo, el crimen y la pornografía y la expectativa de vida ha declinado substancialmente desde la “caída del comunismo”. El promedio de vida de los varones rusos ha descendido de 68 años en 1990 a 60 años en la actualidad. Las principales causas de muerte son el alcoholismo y la violencia. Obviamente, Rusia no se ha convertido siquiera a la Ley Natural.

Finalmente, tampoco ha habido una “conversión a la paz” en Rusia. Putin ha entrado en una alianza militar con China Roja, con la que recientemente realizó ejercicios militares conjuntos, y ha anunciado recientemente que Rusia ha desarrollado misiles balísticos hipersónicos que pueden cambiar su curso a mitad de vuelo y evadir cualquier sistema de misiles de defensa.

Así, con Rusia moral y espiritualmente quebrada liderada por un dictador virtual que se prepara para la guerra, algunos católicos son lo suficientemente insensatos como para sugerir que Rusia ha sufrido una “transformación milagrosa” a causa de las ceremonias de consagración de 1982 y 1984, que deliberadamente no hicieron mención de Rusia a pesar del pedido de Nuestra Señora de Fátima. Es obvio que tal conclusión es indefendible.

Así, la Consagración de Rusia sigue sin realizarse, y Rusia sigue sin convertirse en ninguno de los sentidos de la palabra. Además, no puede decirse que desde las ceremonias de 1982 y 1984 el mundo haya entrado en un período de paz como prometió Nuestra Señora de Fátima si se hacía apropiadamente la Consagración de Rusia. Realmente, desde esas consagraciones solo ha habido un incremento de la guerra, del derramamiento de sangre, de la apostasía contra Dios, y de la corrupción moral de hombres y naciones en todos los continentes, junto con un incremento de los desastres naturales. La misma Iglesia ha sido atormentada por un escándalo tras otro. En el estado de situación actual de la Iglesia y el mundo es imposible ver el triunfo del Inmaculado Corazón: el fruto prometido de la Consagración de Rusia.

Esta conclusión ha sido alcanzada por Antonio Socci, el respetado autor y periodista católico italiano, en su reciente libro, *Il Quarto Segredo di Fatima*, del cual nos hemos ocupado anteriormente. Socci, un hombre de buena voluntad y honesto intelectual y de ninguna manera alguien que pueda pecar de “Fatimista” extremo, no pudo ignorar la evidencia de que los pedidos de Nuestra Señora simplemente no han sido obedecidos.

Como Socci, ningún católico de buena voluntad puede ignorar la evidencia. La Consagración de Rusia aún no ha sido realizada y como resultado, nuestro tiempo se acorta. Un castigo para el mundo más grande que el Diluvio se aproxima rápidamente. ¿Cuántas veces debe advertirnos el Cielo antes que nosotros prestemos atención? ¿No hemos recibido ya nuestra advertencia final?

Sin embargo, Dios sigue dispuesto a librarnos si atendemos Sus órdenes. Cuando el profeta Jonás advirtió a los ninivitas que su ciudad sería destruida por un castigo divino a causa de su inmoralidad, el Rey mismo se cubrió con sacos y cenizas, declaró días de penitencia y ayuno para toda la ciudad, y decretó que “todos los hombres debían regresar de su mal camino y de la violencia que tenían a mano. Quien sabe, Dios puede aplacarse y perdonar, y aplacar su ira, para que podamos no perecer”. Dios aplacó Sus

castigos, porque Él “vio por sus acciones como ellos habían vuelto de su mal camino... El no lo llevó a cabo”.⁸

Si los ninivitas atendieron la advertencia de Jonás concernientes al castigo divino de su ciudad, ¿como podemos nosotros, los católicos, no atender la advertencia de la propia Madre de Dios con respecto al castigo divino de todo el mundo?

Es por eso que nosotros los sacerdotes debemos iniciar un gran movimiento para que todos los miembros de la Iglesia adhieran al Mensaje de Fátima. Cada uno de nosotros debe comenzar este movimiento reformándose a sí mismo y convirtiéndose en un apóstol de Fátima. Como dijo la Hermana Lucía, no podemos esperar que tomen la iniciativa aquellos con autoridad sobre nosotros:

“...no esperemos que venga de Roma una llamada a la penitencia, de parte del Santo Padre, para todo el mundo; ni esperemos tampoco que venga de parte de los señores Obispos para cada una de sus diócesis; ni siquiera tampoco de parte de las Congregaciones Religiosas. No; ya Nuestro Señor usó muchas veces estos medios, y el mundo no le ha hecho caso. Por eso, ahora, ahora que cada uno de nosotros comience por sí mismo su reforma espiritual; que tiene que salvar no sólo su alma, sino salvar a todas las almas que Dios ha puesto en su camino”.

Como sacerdotes, tenemos como cometido particular cuidar no solo de nuestras propias almas, sino de las almas de aquellos fieles que Dios ha puesto en nuestro camino. Verdaderamente, es el sacerdote diocesano quien tiene la responsabilidad inmediata por el bienestar espiritual de su rebaño y quien necesitará estar al frente de la reforma pedida por la Hermana Lucía para alejar el castigo divino de nuestro mundo rebelde.

Ningún sacerdote puede hacer esto solo. Debemos obrar juntos, siguiendo el programa que para tal acción concertada propone la Madre de Dios en Fátima. Nosotros los sacerdotes debemos seguir juntos ese programa aunque nadie más lo haga.

2ª PARTE

LANZAMIENTO del Movimiento de Sacerdotes de Fátima

Capítulo 9

Los cinco principios del Movimiento de Sacerdotes de Fátima

El sacerdocio al cual nosotros pertenecemos es una vocación fundada por el mismo Cristo para la salvación de las almas. Los médicos practican la vocación de salvar el cuerpo; los abogados la vocación de los derechos y recursos legales; los contadores la vocación de contar con fines monetarios y fiscales. Los sacerdotes practican la vocación de salvar las almas, y sus herramientas son los siete sacramentos, la oración y la vida espiritual.

En las profesiones terrenales como la medicina o el derecho, existen “tendencias” e incluso modas sobre cómo practicar la profesión. Eso no debe ocurrir en el sacerdocio católico. Los métodos del sacerdocio —la administración de los sacramentos, la predicación del Evangelio, el bautizar, catequizar y administrar el matrimonio a los miembros del rebaño, la evangelización de las ovejas perdidas—son tan antiguos como la misma Iglesia.

Santo Tomás nos dice en la *Summa Theologica*, II-II, P. 174 que “Dios envía profetas a todas las generaciones para decirles a los fieles lo que deben hacer para salvar sus almas”. Incluso cuando Dios envía un profeta a un momento histórico determinado, sin embargo, es para recordar a la Iglesia, especialmente a sus sacerdotes, los caminos que Él ha establecido desde la eternidad. No hay un sacerdocio “moderno” opuesto al sacerdocio “anticuado”. Sólo está el eterno Orden de Melquisedec, de acuerdo al cual “tú eres sacerdote por toda la eternidad”. (Hebreos 7:21). El sacerdocio, al igual que Aquel que lo creó, “el mismo que ayer, es hoy, y lo será por los siglos de los siglos” (Hebreos 13:8).

Los sacerdotes tienen el cuidado inmediato de los fieles, así los sacerdotes serán decisivos en el determinar si el profeta enviado por Dios a nuestra era—Nuestra Señora de Fátima—es escuchado. Al hacer lo que debe hacerse para honrar lo que Juan Pablo II llamó el “compromiso” que el Mensaje de Fátima impone a la Iglesia, nosotros sacerdotes debemos actuar con nuestra propia iniciativa, tal como lo hacemos al servicio de las almas que Dios ha puesto a nuestro cuidado. Verdaderamente, este deber de iniciativa personal se aplica a todos los miembros de la Iglesia de acuerdo con su puesto. Todos los miembros de la Iglesia deben actuar por su propia iniciativa sin

esperar “órdenes” para obrar. Nosotros ya hemos recibido nuestras órdenes de la Madre de Dios en Fátima, como lo reconoció el Papa Juan Pablo.

Cuando la Hermana Lucía, hablando del deber que tenemos todos de atender el Mensaje de Fátima, dijo “...no esperemos que venga de Roma una llamada... de parte del Santo Padre, para todo el mundo; ni esperemos ...de los señores Obispos para cada una de sus diócesis; ni... de las Congregaciones Religiosas”, no estaba sugiriendo que debemos hacer caso omiso de la estructura jerárquica de la Iglesia. Al contrario, ella señaló que la Iglesia es más que la jerarquía. La Iglesia es una comunidad de fieles, y cada miembro de esa comunidad tiene el deber de conocer y vivir la fe. Por lo tanto, con o sin órdenes de arriba debemos atender lo que Cristo ha ordenado a través de la Santísima Virgen, Su Madre, en Fátima. Nuestro Señor no envió a Su Madre a Fátima ni la avaló con el Milagro del Sol solo para que nosotros ignoremos Su Mensaje.

Como tal bellamente lo enseñó el Papa Pío XII en su gran encíclica *Mystici Corporis* (1943), la Iglesia Católica es el Cuerpo Místico de Cristo. En su carta a los efesios, San Pablo describió repetidamente el Cuerpo Místico como una unidad orgánica de los miembros de la Iglesia en Cristo y el Espíritu Santo. En un pasaje clave de esa Epístola, San Pablo enseñó con infalibilidad que el Cuerpo Místico se desarrolla y crece cuando *todos* sus miembros viven la verdad del Evangelio de Cristo en la caridad:

“Antes bien, siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza, y de quien todo el cuerpo místico de los fieles trabado y conexo entre si con la fe y caridad, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad.” (Ef 4:15-16).

En su carta a los Corintios, San Pablo enseña infaliblemente que la unidad de los miembros del Cuerpo Místico es tan íntima que cada miembro funciona análogamente a una célula u órgano en un cuerpo humano, de modo que la salud del Cuerpo Místico depende de que cada miembro realice la función asignada por Dios. Mientras que la falla de cualquier parte el Cuerpo Místico causa daño al todo y el sufrimiento de un miembro es el sufrimiento de todos, la gloria de un miembro del Cuerpo Místico es también la gloria de todos sus miembros:

“Porque así como el cuerpo humano es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. A cuyo fin todos nosotros somos bautizados en un mismo Espíritu para componer un solo cuerpo, ya seamos judíos, ya gentiles, ya esclavos, ya libres; y todos hemos bebido un mismo Espíritu. Que ni tampoco el cuerpo es un solo miembro, sino muchos.

“Si dijere el pie; Pues que no soy mano, no soy del cuerpo, ¿dejará por eso de ser del cuerpo? Y si dijere la oreja; Pues que no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿dejará por eso de ser del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato?

“Mas ahora ha puesto Dios en el cuerpo muchos miembros, y los ha colocado en él como le plugo. Que si todos fuesen un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Por eso ahora aunque los miembros sean muchos, el cuerpo es uno.

“Ni puede decir el ojo a la mano: No he menester tu ayuda; ni la cabeza a los pies: no me sois necesarios... Por donde si un miembro padece, *todos los miembros se compadecen, y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él...*

“Así es que ha puesto Dios varios miembros en la Iglesia, unos en primer lugar, apóstoles; en segundo lugar profetas, en el tercero doctores, luego a los que tienen el don de hacer milagros, después a los que tienen gracia de curar, de socorrer al prójimo, don de gobierno, de hablar todo género de lenguas, de interpretar las palabras. ¿Por ventura son todos apóstoles? ¿o todos profetas? ¿o todos doctores? ¿Hacen todos milagros? ¿tienen todos la gracia de curar? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?” (Cfr. 1 Cor 12: 12-30).

Nosotros sacerdotes, como miembros del Cuerpo Místico tenemos una responsabilidad directa a Dios por el cuidado de las almas puestas a nuestro cargo. Nosotros no podemos señalar a otros miembros del Cuerpo y decir que corresponde a ellos darnos órdenes para hacer algo por el estado de la Iglesia. Nuestra falta de acción es una falla de todo el Cuerpo, y las consecuencias negativas de nuestro fallo causa enfermedad en todo el Cuerpo de la cual nosotros somos los únicos responsables.

Nosotros somos los ministros que administramos los sacramentos que proveen a los fieles bajo nuestro cuidado la gracia santificante necesaria para la salvación. Somos los predicadores del Evangelio que transmitimos a nuestros rebaños las verdades reveladas que ellos deben conocer y seguir para ser salvados. No

necesitamos órdenes de arriba para administrar los sacramentos y predicar el Evangelio, y no debemos esperarlas. Y lo mismo ocurre con el Mensaje de Fátima.

Cuando Dios envía un profeta a darnos consejos y a advertir a Su Iglesia en una época en particular, los sacerdotes tienen la responsabilidad primaria de hacer que los fieles conozcan esos consejos y advertencias. Nosotros los sacerdotes de hoy tenemos la responsabilidad primaria de hacer conocer y promover la adhesión al Mensaje de Fátima: los consejos y advertencias de Dios a la Iglesia y al mundo de esta época.

Por lo tanto, lo necesario en este tiempo de peligros sin paralelo para la Iglesia y el mundo es un *Movimiento de Sacerdotes de Fátima* –abierto a todos los sacerdotes de la Iglesia– para producir una verdadera renovación de la Iglesia a la luz del Mensaje de Fátima, y así librar tanto a la Iglesia como al mundo de ese castigo del cual el Cielo mismo nos ha advertido por medio de la Madre de Dios.

Este Movimiento debe tener como propósito la reforma espiritual de cada uno de nosotros sacerdotes y de cada uno de los miembros de la feligresía a nuestro cargo. El Mensaje de Fátima nos da una hoja de ruta de tal reforma espiritual. Nosotros vemos en ese Mensaje los cinco principios que proponemos para guiar al Movimiento:

Primero, su total adhesión a los dogmas de la Fe de acuerdo con la definición infalible del Magisterio. Los dogmas católicos: la Trinidad, la Encarnación, la Transubstanciación, la divina institución de la Iglesia, los Siete Sacramentos, la necesidad de la Iglesia y de sus Sacramentos para la salvación, la Inmaculada Concepción de María, y así sucesivamente, son las bases de nuestra fe. Como dijo Nuestro Señor, es la *verdad* la que nos hará libres.

Lo que se ha perdido u oscurecido en este tiempo de confusión es el hecho que nuestra fe no es un sentimiento, sino un cuerpo de verdades reveladas que la mente debe aceptar para la salvación. Si el dogma es atacado también la Fe es atacada, y si el ataque tiene éxito la Iglesia se hunde en el caos. Nuestra Señora nos advirtió en Fátima sobre este mismo peligro cuando dijo en el principio del Tercer Secreto que “En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe...” Está claro que desde 1960 –el año en el que debió haberse revelado el Tercer Secreto– ha habido una pérdida o transigencia con el dogma en muchos lugares de la Iglesia, y el estado resultante de la Iglesia habla por sí mismo. Como el entonces Cardenal Ratzinger señaló, el Tercer Secreto trata de “los peligros amenazando *la Fe* y la vida de los cristianos, y por lo tanto del mundo”.

El ataque al dogma no es solamente un ataque a la integridad de la Iglesia, sino también a la seguridad de la raza humana en su totalidad. Como nos enseña el Concilio de Trento, las oraciones y las penitencias de los fieles católicos, especialmente cuando están unidos al supremo sacrificio de Cristo en una Misa celebrada debidamente, aplacan la ira de Dios y alejan Sus castigos divinos. Cuando los fieles pierden la Fe, sin embargo, la eficacia de las oraciones disminuye y la mano de Dios ya no puede ser detenida. ¿No nos advirtió ya Nuestro Señor: “Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada se sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes” (Mat. 5:13) Esa es precisamente la advertencia que Nuestra Señora nos da en Fátima y Akita: si los miembros de la Iglesia pierden la fe, un mundo infiel no podrá evitar el castigo divino.

La reforma espiritual de los individuos pedida por Nuestra Señora de Fátima presupone una base dogmática que cada persona ha aceptado. Sobre la base del dogma, la gracia de los sacramentos convierte el alma católica en un miembro sano del Cuerpo Místico; y cuando haya suficientes miembros saludables del Cuerpo Místico, todo lo prometido a nosotros por el Mensaje de Fátima tendrá lugar.

Nadie puede decir hoy que los dogmas de la Fe son comprendidos de manera diferente a la que lo fueron en épocas tempranas a causa de que el “espíritu del Vaticano II” nos ha dado una “visión más profunda” de estas verdades. Nadie en la Iglesia, ni siquiera un Papa, puede pedirnos abandonar la interpretación tradicional del dogma de la Fe en favor de alguna nueva interpretación. Como declaró el Concilio Vaticano I: “Pues no fue prometido a los sucesores de Pedro el Espíritu Santo para que por revelación suya manifestaran una nueva doctrina, sino para que, con su asistencia, santamente custodiaran y fielmente expusieran la revelación transmitida por los Apóstoles o depósito de la fe.”⁹ Además, el mismo Concilio declaró “Hay que *mantener perpetuamente* aquel sentido de los sagrados dogmas que una vez declaró la santa madre Iglesia y *jamás hay que apartarse de ese sentido so pretexto y nombre de una más alta inteligencia...*”

Es por eso que San Pablo ha advertido a la Iglesia: “Pero aun cuando nosotros mismos, o un ángel del cielo, os predique un evangelio diferente del que nosotros os hemos anunciado, sea anatema” (Gál 1:8). Los dogmas de la Fe infaliblemente definidos son un camino por el cual nosotros podemos saber con absoluta certeza si alguien está intentando urgirnos a hacer algo que se oponga

a las verdades que han sido transmitidas de generación en generación desde los tiempos de los Apóstoles. La pérdida de la interpretación de los dogmas y de la adhesión a ellos es la amenaza más grande para la Iglesia de hoy, pues sin dogma toda la Fe colapsa y desaparece.

En suma, el primer paso de nuestra obra como sacerdotes en el Movimiento de Sacerdotes de Fátima es recobrar y promover los dogmas de la Fe tan ampliamente descuidados en los pasados cuarenta años. Cuando esta obra esté completa, de modo que tanto nosotros como los fieles a nuestro cargo hayan sido renovados en las verdades de la Fe, la gracia puede construir sobre estas verdades para restaurar la salud de todo el Cuerpo Místico. Esta restauración del dogma contribuirá a producir el Triunfo del Inmaculado Corazón de María.

Segundo, nosotros debemos creer y predicar sin vacilación la enseñanza constante del Magisterio Ordinario y Universal sobre el rol especial de Nuestra Señora como Mediadora de todas las Gracias. El Mensaje de Fátima demuestra el papel de Nuestra Santísima Madre como Mediadora: Rusia será convertida, las almas serán salvadas y habrá paz si nosotros practicamos la devoción a Su Inmaculado Corazón y consagramos Rusia a ese mismo Corazón, para que todo el mundo reconozca la conexión entre este dogma Católico y los beneficios milagrosos que serán derramados sobre el mundo cuando se hace la Consagración.

Tercero, nosotros debemos comprender y promover un compromiso con el Mensaje de Fátima.

No podemos prestar atención a nadie que diga que Fátima es “solo una revelación privada” ¡Tonterías! El Mensaje de Fátima es una revelación profética y pública confirmada con un milagro público presenciado por 70.000 personas. Nuestra Señora prometió a los tres niños este milagro precisamente para que ninguno pudiera tener dudas razonables sobre la autenticidad de Su Mensaje, que está destinado a la Iglesia y al mundo entero.

Los Papas Pío XI, Pío XII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II han atestiguado la autenticidad del Mensaje de Fátima. ¡El Mensaje de Fátima es parte de la vida de la Iglesia! Fue dado a la Iglesia para el beneficio de toda alma viviente. La Madre de Dios no vino a la tierra y Dios no hizo el Milagro del Sol para dar un consejo gratuito que los fieles podrían ignorar a su antojo. No debemos insultar a la Madre de Dios, ignorando Su Mensaje porque insultar a la Madre de Dios es insultar a Dios Mismo. Conocemos la suerte de aquellos que a lo largo de la historia de la salvación han ignorado las advertencias de los

verdaderos Profetas de Dios.

Por otro lado, si hacemos caso a la profecía de Nuestra Señora de Fátima y ponemos en práctica los medios espirituales que nos dio –oración (incluyendo las oraciones recomendadas en el Mensaje de Fátima), penitencia, el rezo diario del Rosario, la devoción de los Cinco Primeros Sábados, el uso del Escapulario Marrón– Dios otorgará a Su Iglesia las gracias que permitirán al Papa y a los obispos llevar a cabo esa consagración específica que desencadenará un milagro de gracias sobre el mundo entero. Si queremos presenciar ese día glorioso, nosotros los sacerdotes debemos comenzar con los medios espirituales que tenemos a la mano, medios que la Santísima Virgen nos proporcionó en Fátima.

Cuarto, el Movimiento de Sacerdotes de Fátima debe buscar inequívocamente la verdadera Consagración de *Rusia*, nombrada explícitamente, en una ceremonia pública, realizada por el Papa junto con todos los obispos del Mundo, en obediencia a Nuestra Señora de Fátima y a Su divino Hijo. Hemos visto que las ceremonias de consagración de 1982 y 1984 no mencionaron Rusia por razones simplemente humanas, de diplomacia y cortesía ecuménica.

La Santísima Virgen prometió, por la autoridad de Dios Mismo, que si fuera consagrada a Su Inmaculado Corazón, Rusia se convertiría, muchas almas se salvarían y habría paz en el mundo, pero si Rusia no fuera consagrada, muchas almas se perderían, la Iglesia sería perseguida, el Santo Padre sufriría mucho y varias naciones serían aniquiladas. Están en juego la suerte de innumerables almas y del mundo entero. No hay lugar para dudas ni ambigüedades. La Iglesia y el mundo no tienen nada que perder y todo por ganar si obedecen con precisión a la Santísima Virgen. La Iglesia y el mundo tienen *todo* por perder y *nada* que ganar si ignoran el Mensaje de Fátima.

Quinto, nosotros los sacerdotes debemos todos enseñar a otros sobre el Mensaje de Fátima en su integridad. Esto requiere primero que comprendamos las profecías reveladas en el Mensaje de Fátima, las oraciones y devociones que prescribe, las promesas que ofrece y las advertencias que hace. Debemos asegurar que nuestro conocimiento de estas verdades se transmita a los fieles a nuestro cuidado. Por último debemos vivir el Mensaje de Fátima en nuestras vidas cotidianas, con nuestra palabra y nuestro ejemplo.

Estos son, pues, los cinco principios básicos del Movimiento de Sacerdotes de Fátima. En el último capítulo de este cuadernillo trazaremos un programa por medio del cual nosotros los sacerdotes

podemos poner en práctica estos principios como parte de nuestro sagrado ministerio con los fieles, para acortar el tiempo hasta que el mundo vea el Triunfo del Inmaculado Corazón de Nuestra Señora.

Capítulo 10

Programa de Fátima para los Sacerdotes

Conviene concluir este cuadernillo con una discusión sobre la puesta en práctica de los cinco principios del Movimiento de Sacerdotes de Fátima explicados en el capítulo anterior. El Mensaje de Fátima nos proporciona la orientación necesaria, puesto que nuestra Madre celestial no nos dejaría sin los medios para hacer lo que pidió.

Respecto del primer principio, la fidelidad al dogma de la Fe proclamado con infalibilidad por el Magisterio, no basta simplemente conocer la verdad y predicarla a otros. Tenemos que vivirla también y enseñar a otros a vivirla a través de nuestro ejemplo. Como afirmó Nuestro Señor: “*Si guardareis Mis mandamientos, permaneceréis en Mi amor*”. Por eso la Hermana Lucía, al decirnos cómo debemos poner en práctica el Mensaje de Fátima, afirmó que en vez de esperar a que nuestros superiores actúen, “Por eso, ahora que *cada uno de nosotros* comience por sí mismo su reforma espiritual; que tiene que salvar no sólo su alma, sino salvar a todas las almas que Dios ha puesto en su camino”.

Por tanto, la primera tarea como sacerdotes del Movimiento de Sacerdotes de Fátima es *reformarnos* espiritualmente, siguiendo no sólo los mandamientos que son vinculantes para todos, sino también aquellos que pertenecen a nuestra santificación personal como sacerdotes. En primer lugar debemos cumplir cada día los deberes espirituales del sacerdocio: celebrar la Misa, que es la oración principal a Dios; recitar el oficio divino; rezar y meditar según recomienda la Iglesia; y sobre todo rezar el Rosario como Nuestra Señora de Fátima nos pidió repetidas veces.

El sacerdote que no reza es un guerrero que ha tirado sus armas espirituales y espera ser destruido por el diablo. La crisis del sacerdocio hoy en día surge de la falta de oración, que a su vez ha llevado a la pérdida de la gracia y a la caída de muchos sacerdotes del estado enaltecido al que Dios se dignó elevarlos por medio de la ordenación sacerdotal. Es precisamente porque los sacerdotes han sido elevados a este estado enaltecido que están expuestos a ataques fuertes del diablo. Es para proteger a los sacerdotes contra la influencia satánica que la Iglesia nos indica un régimen de oración y disciplina que va mucho más allá de lo pedido a los laicos. Si no nos aferramos a ese régimen seremos presas fáciles para el demonio.

Esforcémonos por seguir este régimen de oración, sobre todo por amor y devoción a Dios y a Su Santísima Madre.

El Evangelio está lleno de admoniciones para rezar en todo momento, y estas advertencias son todavía más pertinentes para los sacerdotes:

“Velad, pues, *orando en todo tiempo*, a fin de merecer el evitar todos estos males venideros, y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre” (Luc 21: 36).

“Alegraos con la esperanza del premio; sed sufridos en la tribulación; *en la oración continuos*” (Rom 12: 12).

“...haciendo en todo tiempo con espíritu y fervor *continuas oraciones* y plegarias, y velando para lo mismo con todo empeño, y orando por todos los santos” (Ef 6: 18).

“*Perseverad en la oración*, velando en ella y acompañándola con acciones de gracias” (Col 4: 2).

“*Orad sin intermisión*” (1 Tes 5: 17).

Si los sacerdotes católicos no se encuentran bien armados espiritualmente, es decir, si no *rezan*, no podemos esperar que se cumpla el Mensaje de Fátima. El Triunfo del Inmaculado Corazón empieza por una movilización espiritual de los sacerdotes, y esa movilización empieza cuando cada uno de nosotros sacerdotes lleva una vida de oración de acuerdo con lo que la Iglesia prescribe para nosotros.

Además de la oración, también tenemos que hacer penitencia. Aquí también lo que se requiere de los laicos es todavía más pertinente para nosotros como sacerdotes. La penitencia es necesaria para nuestra mortificación personal y crecimiento espiritual. Una vida sacerdotal demasiado cómoda o incluso lujosa es una victoria que ya ha ganado el demonio. El sacerdote que huye de la penitencia y que sólo busca su comodidad no puede luchar efectivamente contra el maligno.

Podemos cumplir el segundo principio del Movimiento, promover la enseñanza perenne del Magisterio sobre el papel de la Santísima Virgen como Mediadora de todas las gracias, si tocamos el tema en nuestras homilías y enseñamos este dogma en las clases de catecismo en nuestras parroquias. Podemos emplear algunas de las fuentes clásicas para explicar este dogma que es tan importante para el Mensaje de Fátima.

Los fieles necesitan entender que el Mensaje de Fátima es una fenomenal demostración de que María es Mediadora de todas las gracias. En efecto, todo el Mensaje se refiere a Su mediación respecto

de la gracia divina para la humanidad, incluyendo la gracia de la conversión de Rusia y la paz mundial. Mediante el cumplimiento de las promesas gloriosas de Fátima, Dios quiere que sus súbditos vean que Él no otorga su gracia si no es por medio de María.

Como sacerdotes tenemos la responsabilidad particular de reconocerle a María Santísima la misma importancia y honor que le otorga Su Hijo divino, en la medida en que sea posible a nuestra imperfecta condición humana. *Cada sacerdote debe ser un sacerdote mariano* en obediencia a Nuestro Señor Mismo. La promoción del dogma de María como Mediadora de todas las gracias es esencial a ese aspecto de nuestro sacerdocio.

Hay innumerables maneras de cumplir el tercer principio, la promoción de una plena confianza en el Mensaje de Fátima y un compromiso firme con él:

- Predicar sobre la historia y los contenidos del Mensaje de Fátima en las homilías, boletines y hojas parroquiales y hacerlo parte de la catequesis de los fieles que están a nuestro cargo. La riqueza teológica del Mensaje es inagotable, pero hay muchas fuentes que proporcionan materiales excelentes para las homilías.
- Establecer la devoción de los Cinco Primeros Sábados en su parroquia, que cumple la petición de la Virgen Santísima de oración, penitencia y Comuniones de reparación.
- Asegurar que todos nuestros feligreses tengan impuesto el Escapulario Marrón, ya que portarlo asegura la promesa personal de Nuestra Señora de la salvación y la perseverancia final.
- Enseñar a nuestros feligreses a llevar y distribuir el Escapulario Verde para su conversión personal y la conversión de otros.
- Promover y llevar a cabo la entronización del Sagrado Corazón y del Inmaculado Corazón en cada casa.
- Animar a que en cada casa se coloquen las imágenes del Sagrado Corazón y del Inmaculado Corazón en un lugar destacado.
- Inculcar en los miembros de nuestro rebaño el hábito del rezo diario del Rosario. El Rosario es la arma espiritual más poderosa que tienen a su disposición. Ha librado a naciones enteras del desastre y salvará al mundo del desastre, si un número suficiente de católicos lo reza de manera habitual y reverente.
- Establecer cofradías de Fátima en las parroquias para reunir a

los laicos en torno a la vivencia del Mensaje de Fátima y su transmisión a otros.

- Poner textos y estampas de Fátima a disposición de todos en la parroquia, junto con sacramentales que hayan sido bendecidos, para que los puedan repartir a sus vecinos y amigos.
- Establecer un centro de catequesis sobre Fátima en cada parroquia con el fin de enseñar el contenido del Mensaje a los niños, familias y vecinos.
- Promover el “Rosario del Barrio” en una casa diferente cada semana, para el cual será llevada de visita la estatua de la Virgen Peregrina de Fátima y los vecinos se reunirán para rezar el Rosario.
- Enseñar a los miembros de nuestra grey la recitación frecuente de las siete “oraciones de Fátima” que se explicaron en el Capítulo 2.
- Celebrar con las debidas solemnidades la Fiesta de Nuestra Señora de Fátima el día 13 de mayo de cada año.
- Hacer una procesión en honor de Nuestra Señora de Fátima el día 13 de cada mes o en el primer sábado de cada mes, o en ambas ocasiones.

Estos y otros medios pueden hacer que cada parroquia y cada hogar en la parroquia sea un verdadero “Centro de Fátima” para ayudar a propagar el Mensaje de Fátima en todo el mundo. Desde hace mucho se necesita que la Iglesia Universal acepte el Mensaje de Fátima y lo incorpore a su vida. En distintos grupos y lugares se acepta y practica debidamente el Mensaje de Fátima, pero el Cielo ha mandado que la aceptación y práctica se realice en toda la Iglesia. Cuando esto suceda en un número suficiente de hogares y parroquias, las promesas de Fátima se cumplirán.

Nosotros como sacerdotes seremos agentes claves en el cumplimiento del Triunfo del Inmaculado Corazón. *Nosotros* tenemos la responsabilidad inmediata de guiar a los fieles en la tarea de aprender, atender y poner en práctica el Mensaje de Fátima. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará entonces? Los fieles nos esperan y están dispuestos a seguirnos, *siempre que los guíemos* como debemos. ¡Ay de nosotros si no lo hacemos!

En cuanto al cuarto principio del Movimiento, la búsqueda inequívoca de la verdadera Consagración de *Rusia* al Inmaculado Corazón, con certeza podemos ver que cuando el camino se prepare espiritualmente, gracias a los medios que hemos explicado en este capítulo, fluirá desde el cielo un sinfín de gracias mediante María

Mediadora. El resultado será que los líderes de la Iglesia estarán mucho más dispuestos a hacer lo que pidió el Cielo con respecto a la Consagración. Si queremos ver realizada la Consagración, tenemos que reformarnos a nosotros mismos, y conducir la gente a nuestro cargo a una mayor santificación. El hecho de que Rusia todavía no se consagre es culpa en parte de nosotros, como también es culpa de las autoridades de la Iglesia. Si nosotros y todos aquellos que encontremos en nuestro camino seguimos el Mensaje de Fátima, el día en que el Papa y los obispos consagren a Rusia estará mucho más cercano.

Además de la reforma espiritual en lo personal, tenemos que pedir del Cielo las gracias que llevarán al cumplimiento de la Consagración. Debemos ofrecer Misas, novenas a nivel parroquial, vigiliias delante del Santísimo, horas santas, Rosarios en la parroquia y en el barrio, todo con la intención de la Consagración de Rusia.

Y por supuesto a nivel humano, debemos promover peticiones al Santo Padre para que ordene a los obispos consagrar a Rusia, nombrada explícitamente, al Inmaculado Corazón de María. Y que no nos intimiden con la objeción de que estamos “molestando” al Papa. Dios Mismo, en la persona de Jesucristo, fue molestado por la cananea que continuó implorándole que exorcizara a su hija, incluso después de que Él le había dicho, para probar su fe, que Él había sido enviado a los hijos perdidos de Israel y no a personas como ella: “No es justo tomar el pan de los hijos para tirarlo a los perros”. Pero perseveró la mujer, osando decir al Dios encarnado: “Sí, Señor, pero incluso los perros comen las migajas que caen de la mesa del señor”. Y a causa de su perseverancia en pedir el favor divino, Cristo le dijo por fin: “Mujer, grande es tu fe. Que se te haga según tu deseo”. Y en ese momento su hija fue exorcizada.

De modo similar Bartimeo, el mendigo ciego, le gritó literalmente a Nuestro Señor, exigiendo la curación de su ceguera: “¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!” Muchos en la turba querían llamarle, pero Bartimeo “gritó todavía más fuerte: ¡Hijo de David, ten piedad de mí!” Y Nuestro Señor, al oírle, dijo: Llámenlo. Nuestro Señor le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?” y Bartimeo respondió: “Maestro, que yo pueda ver”. Y Nuestro Señor, premiándolo por su persistencia en la fe, le curó diciéndole: “Vete, tu fe te ha salvado” (Mc 10: 46-52).

Si Dios Mismo premia nuestra “molestia”, nadie tiene el derecho de insistir en que no “molestemos” el Papa. Es a causa de nuestra fe en Dios y en las promesas de Su Madre Santísima que debemos persistir

con la petición de la Consagración de Rusia, hasta el día en que, como la hija de la cananea, Rusia sea exorcizada y la paz sea otorgada al mundo entero.

Y si *no* perseveramos en esta solicitud, si por la timidez y el respeto humano nos abstenemos de “molestar el Papa”, entonces no sólo la Iglesia, sino también el mundo entero sufrirá, y nosotros sacerdotes tendremos gran parte de la culpa, si no la mayor parte.

En cuanto al quinto y último principio, enseñar a los demás a vivir y comprender el Mensaje de Fátima, por nuestras palabras y *también* nuestro ejemplo, para todo miembro del Movimiento esto implicará, como mínimo:

- Rezar cinco misterios del Rosario cada día.
- Llevar el escapulario marrón en todo momento.
- Con un espíritu de penitencia y sacrificio cumplir nuestro deber para con Dios, con Jesús en Su sagrada humanidad, con la Madre de Dios, la Iglesia, nuestros votos y la verdad.
- Aprender todo lo posible sobre el Mensaje de Fátima, incluso lo que fue confiado a Sor Lucía en las apariciones de Pontevedra, Tuy y Rianjo. Esto implicará la lectura y el estudio de todo el material proporcionado por los apóstolados y expertos fiables de Fátima, para que nosotros también seamos expertos en esta materia de tanta importancia.
- Dar a conocer el verdadero contenido del Mensaje a los demás. Tenemos que predicar y enseñar sobre el Mensaje, según nuestro oficio de pastores en la Iglesia, usando todos los medios de comunicación social que estén a nuestra disposición: los medios masivos de comunicación, Internet, las conferencias, los grupos de discusión, etc.
- Defender el Mensaje frente a la falsificación y a las críticas de sus enemigos.
- Hacer todo lo que esté a nuestro alcance—sea grande o sea pequeña nuestra influencia en la Iglesia y sin respeto humano o miedo de una pérdida de prestigio—para asegurar que el Mensaje sea conocido, comprendido, apreciado, y sobre todo *obedecido*.

El fin de todo esto es *que cada sacerdote católico sea un apóstol de Fátima*, como Nuestro Señor y Nuestra Señora quieren que seamos. Y si fuera posible para cada uno en particular, los sacerdotes deberían desarrollar un apóstolado completo de Fátima usando los medios modernos de comunicación social recomendados por el Concilio Vaticano Segundo. Imagínese con cuánta rapidez se podría lograr la Consagración si al resto de las medidas que hemos señalado,

añadimos mil sacerdotes en diversos países que promovieran el Mensaje de Fátima en su integridad, pidiendo la Consagración de Rusia en libros, revistas, periódicos y en la web. Incluso si hubiera tan sólo cien sacerdotes así en todo el mundo, cien apostolados que publicasen la verdad sobre Fátima, el camino hacia la Consagración de Rusia y el Triunfo del Inmaculado Corazón se volvería mucho más corto y la Iglesia y el mundo todo no tendrían que sufrir las últimas consecuencias de haber tardado demasiado en cumplir el mandato del Cielo.

Este es, pues, el programa de Fátima para los sacerdotes, el programa para el Movimiento de Sacerdotes de Fátima en la Iglesia. Si cada sacerdote se convirtiera en un apóstol de Fátima, y si los sacerdotes y los laicos supieran, vivieran y promovieran el Mensaje de Fátima, en forma espiritual y práctica, entonces la Consagración de Rusia, el Triunfo del Inmaculado Corazón y la paz mundial no tardarían mucho en llegar. ¡Tantas almas se salvarían! ¡Se evitaría la aniquilación de las naciones! *¿Cómo podemos demorar siquiera un momento más para lanzar este proyecto juntos?*

Al concluir este cuadernillo, nos toca responder a una objeción común: ¿tenemos que obtener “permiso” de una “autoridad eclesiástica” para participar en un Movimiento de Sacerdotes de Fátima si no queremos ser “desobedientes”? La respuesta es que no. De hecho, la respuesta afirmativa es contraria a la ley divina en sí.

Primero, no se requiere ningún “permiso”, ni se considera “desobediencia” si uno pide al Papa la Consagración de Rusia como nosotros proponemos aquí. Ni Juan Pablo II ni su sucesor Benedicto XVI han prohibido que los miembros de la Iglesia realicen este tipo de actividad. No existe absolutamente ninguna orden papal para que dejemos de pedir al Papa la Consagración de Rusia, ni para que dejemos de promover el Mensaje integral de Fátima, incluyendo el Tercer Secreto. El Cardenal Ratzinger ha declarado incluso que los fieles pueden no concordar con su interpretación de la visión del Tercer Secreto publicada por el Vaticano en junio de 2000.

Como el Concilio Vaticano Primero y el Segundo Concilio de León afirmaron infaliblemente, todos los católicos bautizados tienen un derecho dado por Dios de hacer peticiones directamente al Supremo Pontífice en materias que pertenecen a la jurisdicción eclesiástica, sin necesidad de ningún procedimiento canónico intermediario.

Además el Mensaje de Fátima es de suma importancia en la Iglesia y cada uno de los fieles tiene no sólo el derecho, sino la

responsabilidad, de expresar sus inquietudes sobre una materia de tanta importancia al Supremo Pontífice y a cualquier otro pastor de la Iglesia. Como señala el Código de Derecho Canónico de 1983 respecto a los derechos naturales de los fieles: “Los fieles cristianos pueden libremente expresar sus necesidades y deseos, sobre todo espirituales, a los pastores de la Iglesia... Según el conocimiento, la pericia y el prestigio que poseen, tienen el derecho e *incluso a veces el deber* de manifestar a los sagrados pastores su opinión en materias que pertenecen al bien de la Iglesia y de dar a conocer su opinión al resto de los fieles cristianos...” (CIC 1983, §2 y 3).

Es más: los fieles, *incluyendo a los sacerdotes diocesanos*, pueden libremente establecer y dirigir asociaciones, tener reuniones y usar cualquier medio de comunicación social para “fines piadosos que fomenten la vocación cristiana en el mundo” (CIC 1983, §215). ¿Qué fin más piadoso hay que la promoción del Mensaje de Fátima, que es la receta del mismo Cielo para la actividad piadosa en nuestros tiempos?

Pero incluso en un caso hipotético en que el Papa o alguna autoridad en la Iglesia intentara “prohibir” peticiones para la Consagración de Rusia o algún otro elemento legítimo del apostolado de Fátima (repetimos que este *nunca* ha sido el caso), sólo tenemos que recordar que Dios Mismo ordenó que el Mensaje de Fátima fuera propagado y obedecido. Su Madre no habló en Fátima con otra autoridad que la de Dios. Y como Nuestro Señor dijo directamente a la Hermana Lucía: “Participa a mis ministros...”, sin añadir: “al recibir una orden de los obispos y del Papa”.

Como miembros del Movimiento de Sacerdotes de Fátima nunca debemos perder de vista el principio fundamental de la ley divina que rige la obediencia en toda sociedad, y especialmente en la Santa Iglesia Católica. Debemos obedecer primero a Dios, y *después* a las autoridades de la Iglesia. Incluso el Papa tiene que someterse a Dios. Como enseñaron San Pedro y los apóstoles: “es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29), y el Papa no está exento de esta enseñanza.

“Se debe ser súbdito de un poder inferior”, dice Santo Tomás, “sólo en cuanto éste respete el orden establecido por un poder más alto; pero si el inferior se distancia del orden del superior, entonces no está bien que *nadie* esté sujeto a esa autoridad inferior, por ejemplo si un procónsul ordenara una cosa mientras que el emperador ordenara lo contrario”.¹⁰ Entonces, para responder a la objeción de que “parece que los súbditos están obligados a obedecer a sus superiores en todo”,

Santo Tomás responde: “Contra esto está lo que se dice en Hechos 5:29: ‘Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres.’ Ahora bien: a veces los preceptos de los superiores van contra Dios. Por lo tanto, *no se los debe obedecer en todo*”.

Es más, cualquier mandato de una autoridad eclesiástica que impidiera la propagación del Mensaje de Fátima y la obediencia a él sería un abuso de esa autoridad según la misma naturaleza de la Iglesia, como sociedad perfecta fundada para el bien común de sus miembros. Por supuesto, la Iglesia es una institución jerárquica cuyos miembros deben obediencia a sus sagrados pastores en su enseñanza auténtica sobre la fe y la moral y en sus actos de gobierno, sobre todo la enseñanza y el gobierno del Supremo Pontífice. Pero las autoridades eclesiásticas no pueden abusar de su autoridad y dañar el bien común, como tampoco pueden hacerlo las autoridades de los estados civiles.

Los sagrados pastores, *incluso el Papa mismo*, tienen un deber todavía más serio que los dirigentes seculares, de gobernar con justicia y aceptar correcciones cuando sean necesarias. Esta verdad, fundada en la ley natural y divina, fue expresada por un eminente teólogo del siglo XVI, Francisco Suárez, que fue alabado por el Papa Pío V como *Doctor Eximius et Pius* (“Doctor Excepcional y Pío”):

“Si [el Papa] da una orden contraria a las buenas costumbres (moralidad), no se le debe obedecer; si intenta hacer algo que está *manifiestamente opuesto a la justicia y al bien común*, será legítimo resistirlo...”¹¹

Los más grandes santos y doctores de la Iglesia no han dudado en afirmar el derecho y *el deber* de los fieles, incluyendo a los miembros del clero, de resistir, incluso *públicamente* si fuera necesario, a un superior jerárquico cuyos actos son causa de escándalo público, peligro para la fe o daño al bien común de la Iglesia. Por ejemplo, en la *Summa Theologica*, en la pregunta “¿Está alguien *obligado* a corregir a su prelado?” Santo Tomás enseña: “Hay que tener en cuenta, no obstante, que en el caso de que amenazare un peligro para la fe, *un súbdito debe reprender a su prelado incluso públicamente*. Por eso Pablo, siendo súbdito de Pedro, le reprendió en público a causa del peligro inminente de escándalo concerniente a la fe”.¹²

Como explica la Sagrada Escritura (Gal 2:11-14), Pedro había escandalizado a potenciales prosélitos y puesto en peligro la misión de la Iglesia por haber continuado su observancia de ciertas leyes mosaicas respecto a la comida, rehusando comer con los gentiles bautizados en Antioquia. Santo Tomás observa aquí que la corrección

justa y pública de un prelado por parte de su inferior no es presuntuosa sino que es un *acto de caridad*, pues “pensar que uno es mejor en algo no tiene nada de presunción, ya que en esta vida no hay nadie sin algún defecto. Pero hay que tener en cuenta también que quien amonesta con caridad a su superior, no por eso se debe considerar mejor, sino que va en auxilio de quien ‘está en un peligro tanto mayor cuanto más alto puesto ocupa’, como enseña San Agustín en su regla citada arriba”.

San Roberto Belarmino, al responder a la afirmación falsa de los protestantes, de que los católicos consideran al Papa como un monarca absoluto que no está sujeto a ninguna ley ni restricción, escribió lo siguiente:

“Así como es lícito resistir al Pontífice que asalta el cuerpo, así también es lícito resistir al que asalta las almas o que perturba el orden civil, o sobre todo que intenta destruir la Iglesia. Digo que es lícito *resistirlo, no cumpliendo lo que ordena y haciendo que su voluntad no se cumpla*; no es lícito, sin embargo, juzgarlo, castigarlo o destituirlo, ya que estos actos son propios de un superior”.¹³

Se podría dar muchos más ejemplos de esta enseñanza de los Doctores de la Iglesia y de los Santos, pero el punto ya queda claro: los súbditos fieles de la Iglesia tienen el derecho y el deber de expresar su oposición leal a los prelados cuyos mandatos pudieran causar daño a la Iglesia, y de buscar corregir cualquier daño causado. Esto sería el caso si cualquier prelado, incluso si fuera el propio Papa, intentase “vedar” o “prohibir” los esfuerzos de los sacerdotes o laicos para promover la adhesión de la Iglesia al Mensaje de Fátima y al cumplimiento de las peticiones de la Santísima Virgen.

Por todas estas razones, incluso si en un caso hipotético algún superior “prohibiese” las peticiones para la Consagración de Rusia o el funcionamiento de un apostolado de Fátima tal como lo hemos propuesto para este Movimiento, quien diera ese mandato no tendría autoridad de Dios para hacerlo y estaría obrando en contra de la Voluntad de Dios y del bien común de la Iglesia. No es necesario, *ni se debe*, obedecer un mandato de esta naturaleza porque ese mandato sería contrario a la Voluntad de Dios de que el Mensaje de Fátima sea propagado y obedecido en la Iglesia. Nadie, y mucho menos un sacerdote católico, puede defenderse ante Dios diciendo: “Sólo hice lo que me mandaban” si el mandato es evidentemente opuesto a su Voluntad. Las órdenes para hacer caso omiso a los mandatos del Mensaje de Fátima, incluyendo las órdenes para prescindir de ello ya

que no es más que una “revelación privada”, serían claramente órdenes contrarias a la Voluntad de Dios, que se dignó otorgar un milagro público sin precedentes para autenticar el Mensaje, precisamente para que nadie tuviera excusas para hacerlo a un lado.

No existe, por tanto, ningún obstáculo al Movimiento de Sacerdotes de Fátima, y lo confirma todo lo que hemos expuesto aquí. Incluso la breve discusión que hemos presentado aquí demuestra sin lugar a dudas que la Madre de Dios nos ha advertido que si no se presta atención a sus peticiones en Fátima, la consecuencia sería la pérdida de muchas almas y la aniquilación de naciones. Como sacerdotes de la Santa Iglesia Católica nuestro deber es claro: tenemos que hacer todo lo que esté a nuestro alcance para dar a conocer el Mensaje de Fátima y asegurar que la Iglesia lo obedezca en todos sus niveles. Por el bien de las almas y de la humanidad entera, tenemos que empezar esta obra hoy. *No nos queda otra opción* más que hacerlo si queremos permanecer fieles a nuestra vocación dada por Dios como sacerdotes, como doctores de las almas, en esta época turbulenta y cada vez más peligrosa de la historia de la Iglesia. ¡Nuestra Señora de Fátima, ruega por nosotros!

Notas

Capítulo 7

1. Cfr. Padre Paul Kramer, *The Devil's Final Battle [La Última Batalla del Diablo]*, (Terryville, Connecticut: The Missionary Association, 2002), capítulo 12 para una discusión minuciosa de las pruebas que indican la existencia de un texto todavía no publicado del Tercer Secreto que contiene advertencias de la Santísima Virgen respecto a una crisis en la Iglesia y el mundo.

2. Vittorio Messori, "Fátima: un cuarto secreto que aún no se revela", *Corriere della Sera*, 21 de noviembre de 2006.

3. Obviamente esto se refiere al conflicto que surgirá en la Iglesia a causa de los prelados que defienden la ortodoxia frente a otros que se distancian de la recta doctrina y práctica. Aquí también tenemos una indicación del carácter apocalíptico del Tercer Secreto. Como profetizó San Pablo: "Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que, teniendo una comezón extremada de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos, y cerrarán sus oídos a la verdad, y los aplicarán a las fábulas". (2 Tim 4:3-4).

Capítulo 8

4. Traducción nuestra de la definición tirada de *The American Heritage Dictionary of the English Language*, Cuarta Edición .

5. Cfr. *The Devil's Final Battle*, capítulo 14.

6. La obra monumental del Padre Alonso se titula *Textos y Estudios Críticos sobre Fátima* y consiste en 24 tomos compuestos de 5.396 documentos. Después de ser completada en 1975, el Obispo de Leiria-Fátima, Mons. Alberto Cosme do Amaral no permitió su publicación. Desde entonces, sólo dos de los 24 tomos se admitieron para la publicación, y eso sólo después de ediciones extensivas. Sin duda estos tomos contienen otros testimonios de Sor Lucía sobre la necesidad de una consagración específica de Rusia al Inmaculado Corazón.

7. "Cheney as Pot, Putin as Kettle" ["Cheney la olla, Putin el hervidor"], *New York Times*, 9 de mayo de 2006.

8. Jonas 3: 7-10.

Capítulo 9

9. Denzinger, 1836.

Capítulo 10

10. S. Tomás, *Summa Theol.* II-II, p. 104, a. 5.

11. Francisco Suárez, *De Fide*, Disp. X, sec. VI, n. 16.

12. *Summa Theol.* II-II, p. 33, a. 4, ad. 2

13. San Roberto Belarmino, *De Romano Pontifice*, libro II, capítulo 29.

Centro de Fátima

En España: Apartado 4100, 36200 Vigo

En Canadá: 452 Kraft Rd., Fort Erie, ON L2A 4M7

En EEUU: P.O. Box 142, Kenmore, NY, 14217

Teléfono en EEUU: 1-716-853-1822

Internet: www.fatima.org

Correo Electrónico: info@fatima.org